

Paseantes por la Calzada de Guadalupe

Relatos



Segunda edición, aumentada, 2018

Miguel Ángel Izquierdo Sánchez

Paseantes por la Calzada de Guadalupe. Relatos.

Autor: Miguel Ángel Izquierdo Sánchez

Segunda edición, aumentada, 2018

Revisión editorial de Máximo Cerdio y Valentina Quaresma.

D.R. Los derechos de la obra están reservados por el autor.

Dedicatoria.

A mis padres: Guadalupe Sánchez y Jorge C. Izquierdo (+), como a mis hermanos, amigos y vecinos de la Colonia Niños Héroes del Barrio de San Miguelito, en SLP.

Agradezco también a los varios grupos potosinos que se dedican a la historia de nuestro Estado y que colectan y difunden preciosas imágenes de su pasado y presente, enriqueciendo nuestra identidad.

Se agradecerán sus comentarios al correo: izquier1953@gmail.com

Tabla de contenido

Introducción	4
Al salir de la cárcel.....	7
Asilados	9
El bien y el mal	11
Cercanías	12
Sangre de mi sangre.....	14
Cantemos al amor de los amores.....	17
Novilleros y toreros	20
Unos lindos vecinos.....	23
El Señor Lupe.....	25
El Negro Morales.....	27
El Señor Hambre.....	33
Jando	35
Las agallas del Coronel	38
Cuando yo era un eco.....	40
El hombre–mosca.....	44
Calzada de Guadalupe.....	48
De cómo se aprende en el campo.....	50
El trotador de la Calzada de Guadalupe.....	53
Capítulo Dos	58
Yo ya fumaba.....	59
La puerca	62
Caballo alazán tostado	68
El artilugio de Juan	76
Los esposos de película	78
Aguaceros.....	81
Colonia Niños Héroe.....	84
Cachimba.....	87
El enigma	89
La Gringa.....	97
Vocación.....	101

Introducción

Caminar “a sus anchas”, es la vocación de toda persona paseante, libre de peligros, con amplio espacio y abiertos horizontes, para disfrutar el bendito arte de andar al paso, sin prisas, por el mero gusto de sentir el cuerpo, el sol, el aire, y regodearse con la vista y demás sentidos. Eso es consustancial a pasear por la *Calzada de Guadalupe* de la ciudad de San Luis Potosí, que une a la actual Basílica de la Virgen de Guadalupe con el Jardín Colón y se prolonga hasta la Plaza de Armas, mediante la calle Ignacio Zaragoza.

El rosado andador central de la Calzada, bordeado aquí y allá por sólidas bancas de cantera, con faroles al centro y flanqueado por arboladas jardineras, ha sido por más de un siglo, traspatio y jardín de vecinos, delicia de criaturas que aprenden a domar triciclos, patines, bicicletas y ahora patinetas; espacio de coqueteo y ardientes amores para jóvenes y adultos; ruta para el trabajo y lugar de venta de puesteras y ambulantes, además de solaz de vacacionistas y vagabundos.

Por ambos lados de la Calzada, antiguas casonas de adobe la engalanan con fachadas de canteras finamente labradas. Detrás de ellas, aún se encuentran corrales con plantas de vid y árboles de higo y breva, limas y limones. Sus ventanas y cornisas, con sus herrajes, son parte rica del paisaje urbano, característico de esta Calzada, que perviven en la memoria de sus visitantes. La fronda de variedades de árboles, entre ellos pinos y pirules, fresnos y palmeras, que pueblan sus jardineras, son hábitat y mantenimiento de aves canoras, locales y migrantes, además de brindar la sombra buscada por los caminantes.

Sus dos nombres revelan etapas encontradas de la historia del país y de San Luis: Avenida Juárez para los liberales, Calzada de Guadalupe para los conservadores y para quienes defienden su denominación original. La propia Basílica fue durante la intervención francesa cuartel de sus ejércitos. Sus mayores construcciones hablan también de un sostenido afán de dotar a la ciudad de importantes servicios públicos: los Cuarteles de dos batallones del Ejército, un cementerio para leprosos, el Rancho del Charro, varios hospitales,

una cárcel (ahora Centro de las Artes), varios jardines infantiles, un orfanatorio, un asilo de ancianos. Junto con esas obras, están las históricas Cajas de Agua y la fuente “La Conchita”, emblemáticos elementos arquitectónicos del sistema de alimentación de agua para la ciudad, proveniente de la Cañada de Lobos, al sur de la capital.

La Calzada sigue siendo a finales de cada año, curso de hombres y mujeres que pagan una manda a la Virgen de Guadalupe, quienes arrodillados, transitan por sus ásperas baldosas el kilómetro que va desde el Jardín Colón hasta llegar exhaustos y sangrantes a la Basílica. Peregrinos de esa y de otras ciudades la adornan a su paso con cantos, veladoras y estandartes, saturando su andador entre los meses de octubre y diciembre. También ha sido en décadas pasadas, paso alegre de infantes que van en el mes de mayo a “ofrecer flores” al altar de la Virgen María.

Sea por motivos civiles como religiosos, y por necesidades inmediatas, millones de potosinos y visitantes, han hecho de una caminata por esta Calzada, experiencia recordable que siempre se antoja repetir, para apropiarse de la ciudad y de sus pobladores, para saborear sus ambientes y vistas, para deleitarse con el encuentro entre iguales con los otros, sus vecinos de mundo y de espacio vital, paseantes por vocación.

Habitantes de esta Calzada y de sus alrededores, son sujetos de estos relatos, mujeres y hombres. Aquí hacen presencia los ecos de sus voces, que cuentan amores y desamores, aventuras y travesuras de antaño, y que aún se escuchan por sus casonas, patios, jardines interiores y corrales. Estos relatos dan cuenta de mi experiencia infantil en el rumbo, como la de algunos parientes y amigos, que afloran continuamente en mis sueños.

Capítulo I

Habitantes y paseantes de la Calzada

Al salir de la cárcel

Martes y jueves por la tarde–noche, daba clases gratuitas de danza a las reclusas interesadas. Para llegar a la cárcel caminaba por la Calzada unas cuantas cuadras desde mi casa y lo mismo de regreso, ya de noche, con la satisfacción de ayudar en algo a aquellas mujeres.

Me complacía especialmente ver sus sonrisas y reconocer en ellas la posibilidad de expresarse con sus cuerpos, a pesar de las rutinas carcelarias y de su pasado lleno de obligaciones familiares, supuestamente femeninas, que negaban sus cuerpos. Lo sórdido de sus relatos, se matizaba con las bromas mutuas, y con los sueños que abrigaban para sus hijos, externos y lejanos. De alguna manera, se liberaban danzando.

Aquella noche también salí feliz de la sesión, de prisa, poniéndome una falda sobre la malla negra. No necesité el suéter, la noche conservaba el calor de la tarde. Salí deseando buenas noches a los guardias del portón principal, mientras los silbatos de los centinelas cruzaban sus avisos de alerta desde las atalayas.

Caminé firmemente sobre la Calzada. Pronto escuché pasos que me seguían, de alguien que debió estar escondido entre los pinos. Apreté el paso para asegurarme del movimiento del otro. Efectivamente, alguien me seguía. Di por trotar sin gran prisa, oyendo que también apretaba el paso mi perseguidor. Nadie estaba a la vista para pedir ayuda. Ninguno de los muchachos amigos del barrio andaba por ahí. Era necesario correr, pues sentí el apuro del otro a mis espaldas.

La evidente persecución me hizo girar de prisa: el tipo estaba a dos brazos de alcanzarme.

Con toda ligereza, lancé una patada extendiendo la pierna derecha cuanto pude, como en las clases de ballet. Oí el golpe seco sobre sus genitales. El hombre voló por el impulso que traía y cayó a mis pies, inánime, como un feto. Sentí compasión de verlo inerme, por mi causa. Estuve a punto de agacharme para ayudarlo a levantarse, pero una repentina intuición me dijo que había que correr en ese momento.

Cuando crucé por los arcos del monumento a los Niños Héroe, pude voltear hacia la Calzada. El fulano seguía tirado sobre las baldosas. A sesenta metros de él, los guardias de la cárcel dialogaban con sus silbatos: “sin novedad, seguimos alerta”.

Asilados

Frente al asilo sin nombre, una tarde de noviembre se asolea doña Felícitas, metida en su viejo rebozo. Tiene siete años cuidando a su viejo, asilado por demencia y encamado en un cuarto compartido con otros seis ancianos. Ha salido para calentarse un poco, contrarrestando el frío de la galera, aprovechando la siesta que toma don Cayetano, y que se acomodió una empleada del asilo a cuidárselo en caso de que despertara.

Su frío es acumulado, de noches y noches durmiendo en lecho de cartones, pues no hay espacio ni cama para ella. A sus setenta años, dice: “todavía estoy buena”.

Como ella, esta banca de la Calzada la han ocupado cientos de familiares de los ancianos recluidos, gente que viene unos cuantos días a visitarlos y acaba abandonando a sus viejos, salvo doña Felícitas.

Entre suspiros cuenta su historia, cabizbaja, mirando extraviada.

–Don Cayetano perdió la razón cuando regresaba de una boda del vecino Rancho San Isidro. Tenía días sin comer bien, pues yo andaba vendiendo quesos por acá. Le dieron mucha bebida y el pobrecito se emborrachó pronto. Embrutecido y todo, caminó de regreso a nuestro jacal y por el camino le ganó el sueño. Quedó desplomado en medio de una vereda, boca abajo. Ahí se asoleó sin saber de él por dos días. Lo fueron a encontrar perdido, ya sin razón. Lo bueno es que toda la vida fue muy mansito; y fuerte y todo, se dejaba guiar. Cuando llegué de regreso no me reconoció. Mis vecinos se habían hecho cargo de él.

Le sugiero: usted ya está muy grande y no tiene fuerzas para cuidarlo, regrese a su casa, en el asilo se encargarán de él. Contesta, sonriendo triste:

–No tengo a dónde ir. Mis hijos y sus esposas, una vez que me vine a cuidarlo, sin mi consentimiento, se las arreglaron para vender nuestra casa de Armadillo de los Infante con todo y las vaquitas. De eso me enteré hasta que fui a recoger unas ropas para nosotros. El jacal ya lo ocupaban otras personas y nada nuestro quedaba en él. No hay un rincón para mí en las casas de mis hijos.

Doña Felicitas es bajita. Sonríe siempre con su cara arrugada, mientras ve y acaricia sus manos, con las que se ajusta permanentemente el rebozo. Camina lastimera: quedó zamba por tanto cargar agua desde el arroyo hasta la colina en que tenía su jacal, desde niña. El amor por su viejo la tiene aquí, sobre las bancas de la Calzada de Guadalupe, asoleándose para sacar las reumas de sus huesos, y para calentar sin odio, el hielo que sus hijos le han dejado en las entrañas.

–¡Vaya usted a creer! – dice, para no juzgarlos.

El bien y el mal

Eran las adormiladas dos horas de la tarde. Quienes no estaban comiendo, se quitaban de encima las moscas en la siesta con un trapo o un periódico. Hasta la tienda de abarrotes “El Paseo”, se escucharon los gritos suplicantes de una mujer, provenientes de la esquina de surtidor de agua, al principio de la Calzada.

–¡Ay, ay ay! ¡Ya no me pegues!

Eran de una mujer desesperada, casi anciana, a la que golpeaba con fuerza un hombre joven, sobre la banqueteta. El tendero, espabilándose de su siesta salió a ver lo que ocurría, y de inmediato se ocupó en defender a la víctima, quitándole de encima al golpeador y cruzándole para empezar unos ganchos.

–¡No le pegue, señor, es mi hijo! ¡No le pegue por favor!

Era el grito de la señora.

El anciano tendero enfureció aún más:

–¡Ah! ¿Así que es su hijo?

Y con renovadas fuerzas, golpeó al sujeto hasta que lo tumbó por la calle.

–Avíseme si le vuelve a pegar, señora – fue la despedida del viejo, mientras se chupaba los nudillos.

Es malo pegar, y es bueno pegar, dijo para sí cierto niño, único testigo imparcial de la escena.

Cercanías

Tanta cercanía acaba arrejuntando a los cercanos, eso he dicho siempre. Si se trata de la prima, como dice el dicho, el primo se le arrima. Si es la comadre, ésta hace padre al compadre. Si es la señora que asea la casa del sacerdote, acaba siendo su mujer, aunque diga que es su hermana. Así me explico las tantas visitas al confesionario de la señorita Lucy.

Empezó confesándose semanalmente, luego cada tres días. Al poco tiempo venía a diario y se pasaba las horas tratando sus asuntos con el Padre. En cosa de dos años ya lo tenía atribulado. Fue minando su vocación de visita en visita, en cada palabra al oído, en cada gemido. La malla del confesionario dejó filtrar sus amores.

No me digan que él no era un buen cura: era un sacerdote modelo, ejemplar. Era considerado con los pobres, atento con los necesitados, dispuesto a salir en la noche y en días feriados al encuentro de enfermos y desahuciados. Sabía resolver apuros de matrimonios, discordias entre parientes, preocupaciones de jóvenes y viejos. Para todos tenía una palabra alentadora. ¿Miento?

¿Por qué tenía ella que acudir precisamente a confesarse con él, un Padre joven y servicial? ¿Cómo no se acercó con el Padre Lucas, ya mayor e inofensivo para sus carnes jóvenes?

Definitivamente lo tuvo siempre en la mira, egoístamente, para sí misma. Ella ganó haciéndonos perder a todos a un muy buen sacerdote, amado y respetado. Como si sobraran, como si se dieran en maceta. ¿No ha visto que cada vez hay menos, que se siguen saliendo jóvenes del seminario, algunos incluso con diaconado?

Dios la perdone. A él no tiene que perdonarlo, porque no fue a buscarla, la interesada era ella, que de tanto venir a verlo hacía canal en la Calzada rumbo al Santuario, muy arregladita y perfumada. Me acusan de envidiarla, pues se llevó a un Padre muy lindo, vicario, casi párroco. Bien podría haber llegado a Monseñor, de tan formal y propio que era. Yo tengo años quedada, y no ando tras un santo. Eso no es para mí.

Por eso digo que con una confesión al mes, es suficiente. ¿Para qué más?

Sangre de mi sangre

Por órdenes de la Secretaría de Salubridad, el matancero mayor del Rastro Municipal, como sus principales ayudantes, debían practicarse un examen sanguíneo al menos una vez al semestre para garantizar la calidad de las carnes, pieles y tripas llenas para morongas que de ahí salían a granel, día con día.

La cita para el examen la tramitaba la propia Secretaría, con ocho días anticipados y mediante comunicación oficial por conducto del administrador del Rastro, “para su debido y oportuno cumplimiento”.

–Valente –ordenaba con el ceño fruncido el administrador– esta vez no me falles o me van a sancionar por rejego. Yo por mí mejor te corro que aceptar que me sancionen. Si quieres conservar la chamba, llega a tiempo y déjate practicar el examen.

–Sí mi jefe– solía contestar sumiso, aquel fortachón de 110 kilos y uno noventa de estatura, certero en la matanza de millares de toros, vacas y bueyes de gran tamaño.

Llegado el día de la cita, se presentaba puntual al Centro de Salud, a las siete de la mañana, muy aseado, como nunca se le veía en el rastro, pero con rostro descompuesto, como tampoco se le veía en su trabajo.

Sudaba a chorros en la salita de espera, y a los pocos minutos estaba empapado en sus aceites y jugos, fuera verano o invierno. Oía con desesperación nombrar a quienes le antecedían en la fila, y sabiendo su

próximo llamado, empezaba a temblar con más y más intensidad. Los ojos le empezaban entonces a blanquear como borrego en sacrificio.

Cuando llamaban su turno, infaliblemente veía y sentía que le tenían amarrado con riatas por pies y manos y que una señorita vestida de blanco y con cofia roja, blandiendo su daga mortal, le gritaba: ¡toma! Entonces sacaba sangre de sus venas y ésta fluía por canales de vidrio. Sus ayudantes empezaban la faena de destazarlo por secciones, con sus cuchillos afilados por manos expertas y a colgarlas en ganchos movibles poco arriba de la altura de sus cabezas, entre gritos y maldiciones, reclamando a la siguiente víctima, sentada en la fila. Por eso gritaba con sus gigantes pulmones, cubriendo sus oídos:

–¡Nooooo! ¡A mí nooo!

Expulsado ese grito, emprendía la aterrorizada huída por la Calzada de Guadalupe, desde el Centro de Salud, sin parar, hasta terminarla, y doblaba luego hacia el rastro. Las baldosas de la Calzada sufrían a su carrera, de tanta carga prófuga. Al llegar, se escondía aún agitado y tembloroso en los vestidores, hasta que el administrador daba, con él y furioso daba por maldecirlo:

–Otra vez huiste, ¡cobarde! Te digo y repito que tú no eres una res, aunque pataleas y muges como tal, y que sólo te van a sacar un chisquete de sangre, ni siquiera un chorro. ¡Nunca te vas a morir de eso ni harán de ti rellena! ¡Carajo, esta vez sí te despido!

Eso le juraba y perjuraba. Sin embargo, a pesar del coraje, pasada una hora, con el trabajo atrasado y los reclamos crecientes de los carniceros que aguardaban la carne tasajeada, le daba la orden de seguir trabajando, pues

nadie como él mataba y destazaba veinte reses por día y hasta treinta si había urgencias.

“Pero qué animal es Valente: imaginar que le están abriendo las venas, una por una, entre toda esta sarta de toscos matanceros”, despotricaba el administrador, revisando que la nueva excusa para continuar contratándolo, no estuviera ya repetida en pasados oficios a la Secretaría de Salubridad.

Cantemos al amor de los amores

He sido canterero de toda la vida. Por seis generaciones nos hemos dedicado a picar piedra. Estoy acostumbrado al sonsonete diario de golpes de marros y cinceles, sobre canteras rosas y cenizas. Por eso es que el canto de los caballeros de la adoración nocturna me cimbró desde la primera vez que lo oí en voces de mujeres, agudas, como siempre mayoría de quienes cantan en las iglesias de San Juan y del Santuario de Guadalupe. Esta noche ha salido ese canto con nuevos colores, de mi voz y de los demás hombres, bajos y gruesos, caballeros adoradores, al arranque de la procesión de nuestra cofradía.

Es treinta de agosto. Veinte hombres reunidos al filo de las diez de la noche nos hemos distribuido los turnos de velación por grupos de cuatro y cinco, y sólo al inicio participamos todos juntos de los cantos y rezos, bajo el silencio y oscuridad que pesan como moles de piedra, sobre la iglesia, sólo suspendidos por nuestras voces y pasos, como por las velas que portamos. Afuera, gruesas nubes de agosto oscurecen la noche y recluyen a la gente en sus casas. Sólo nosotros quedaremos en vela, por turnos, frente al Santísimo, expuesto en el altar mayor.

Ha llegado la hora de nuestro turno, de las dos a las tres de la mañana. A mi grupo lo ha despertado un joven del anterior turno. Nos levantamos de las camas de tabiques, sobre las que hemos descansado unas horas, entre cobijas y falsos cojines de lana. Son camas del dormitorio de un antiguo y frío Seminario, ahora usadas para encuentros de jóvenes y adultos, y por nuestra cofradía.

Iniciamos de rodillas el ritual de adoración, sobre reclinatorios situados frente al altar mayor. Con lentes leo mi cuadernillo de oraciones, ayudado por una de nuestras débiles velas que pobremente iluminan este inmenso Santuario. No obstante nuestros murmullos, cargo sobre mis espaldas la presencia de sus campanarios y naves, el coro y su órgano aflautado. Su cúpula octagonal pende, como el enorme barco de cristal, sobre nuestras cabezas.

Acabábamos de rezar un Padre nuestro, y estábamos en un silencio intermedio, cuando con tono azul claro se iluminó todo el interior, con luz que provenía de un relámpago expansivo que penetró por todas las ventanas. Enseguida, vuelta la oscuridad, sonó omnipotente un trueno retumbando por todos los rincones del Santuario, trastornó nuestros sentidos con su escándalo de mil rocas partidas al unísono con dinamita. Quedó hecho piedra mi cuerpo y martillado mi corazón. Encogido, aguardé el derrumbe del campanario que había recibido el rayo. Seguramente haría añicos su estructura y guijarros sus fachadas.

El silencio otra vez nos abrumaba. Nada caía. Volteé con temor hacia los lados y luego hacia atrás. Las columnas y arquitrabes parecían seguir en su lugar, las bóvedas articulaban aún firmes sus muros, las nervaduras de las naves estaban intactas, las cornisas sobresalían como siempre, bien posicionadas. Sólo en mis oídos seguía circulando el tronido de salva de cientos de rifles, disparados desde el centro de la cúpula.

Habían pasado apenas tres segundos, interminables. Los Dioses del Rayo, del Trueno, de la Oscuridad y de la Luz, como decían mis abuelos, eran los que reinaban sobre nuestras diminutas existencias. Unánimemente, sin acuerdo

previo, los cuatro veladores cantamos, en un suspiro que volvía a su lugar a nuestros corazones:

¡Dios está aquí! ¡Venid adoradores adoremos, al Cristo Redentor!

Novilleros y toreros

Casi todas las bancas vecinas tienen algo que contar de lo que sucede en el día, pero son tan dormilonas que no se enteran de lo que pasa de noche, con y sin luna.

Sobre mi lomo, hace unos cuarenta años, se juntó una parvada de adolescentes y jóvenes, admiradores de los novilleros que por las tardes entrenaban de cuando en cuando en el Rancho del Charro. Estos chamacos irían esa noche a torear a sus corrales.

Entre ellos estaban Fello, Beto, y otros. Esperaban que la señora que cuidaba el lado poniente del lienzo, apodada la Cotorra, apagara las luces de su cuarto, para brincarse a los corrales. Beto había traído un capote viejo que obtuvo de su tío Julio, torero de pacotilla. Fello era el poste sobre el cual los demás se apoyarían para brincarse la barda, los demás eran comparsas que a la vez que “echarían aguas”, de repente se animarían a torear.

Me enteré a su regreso, pues nuevamente se pusieron excitadamente a platicar sentados sobre de mí, de sus aventuras con un bravo novillo, el que los carteles pegados con engrudo sobre todas las bardas del rumbo, anunciaban que torearía a caballo el famoso rejoneador apodado el “Rejego”.

Fello, en tanto el mayor, y pierna larga, tuvo que poner ejemplo de valor a todos los demás: se lanzó al corral y alcanzó de lejos a darle cuatro capotazos al astado, que bufaba con muina a los intrusos con todos sus 300 kilos.

Segundo en el turno era Beto, el más rápido entre ellos, y el más chamaco. Tenía experiencia sobrada de cómo esquivar con fintas, la embestida de toda

res brava, entrenado como estaba en los corrales del Rastro de la ciudad. En su turno logró librar seis lances del novillo, que empezó a bajar su energía, siguiendo enfurecido, pero con respiración más agitada, las evoluciones del capote desvaído.

Al ver al torito menos veloz, sus seis compinches tomaron valor y ya con asomo de garbo o ciertos desfiguros, hicieron lo suyo para torearlo e irlo agotando poco a poco. Sintieron crecer en ellos las glorias de toreros en ciernes.

En su segundo turno, tanto Fello como el Beto se dieron confianza para lanzar capotazos cortos y más ceñidos al cuerpo y cuernos del novillo. Le daban tiempo para que se recuperara un tanto, lo que les permitió demostrar su primacía sobre los otros aprendices. Tal hicieron de capotazo en capotazo, hasta que el torito quedó desinflado. La bilis se había esparcido por todos sus músculos, ahora débiles, sin brío. Hasta los más miedosos pudieron jalarle la cola o rosarle los cuernos con sus manos. No daba para más.

El novillo se echó. Ellos que habían salido vivos, sin heridas ni golpes, y sobrados de adrenalina, fácilmente saltaron las bardas para regresar a platicar entre ellos sus emociones. Lo hicieron mientras comían unas enchiladas que habían comprado junto al Santuario, antes de irse cada uno por su lado a dormir a sus casas de San Sebastián o San Miguelito.

De lo que no se enteraron a tiempo esos chamacos, fue que a la mañana siguiente, un par de horas antes de la corrida a cargo del rejoneador, no hubo caballero, charro, vaquero ni rancharo, que lograra mover al novillo, que

echado esperaba paciente a reponerse durante los siguientes tres días de su lidia.

Al organizador de la fiesta que estaba por empezar, lo oí gritar en el teléfono del sitio de taxis, llamando al ganadero a quien comprara el novillo ponchado:

–¡Te advertí que no te volvería a comprar ningún animal si me enviabas a otra vaca mal parida, que tal parece tu novillo! ¡A ver cómo le haces, tienes una hora para enviarme a uno de repuesto, pero eso sí, bravo y despabilado! Si no lo haces le diremos al público que nos enviaste a un cobarde huevón como su ganadero.

Eso mismo tuvieron que decirle al honorable, aquella tarde.

Unos lindos vecinos

Caminar de niño por la Calzada de Guadalupe tomado de la mano por mi abuelo era, además de garantía de comer dulces y antojos por el camino, oportunidad de encontrar personas interesantes que habitaban, por así decirlo, cada una de sus gruesas e inmovibles bancas de cantera color marrón.

La primera banca, digamos que estaba reservada para el vendedor de pepitas y chicles Canel's, con quien empezaba nuestra ruta rumbo al mercado Tangamanga: diez centavos de semillas, repartidas por mitad entre nosotros, bastaban para entretenernos un rato, aunque nunca aprendí a descascararlas con los dientes y lengua, sin usar las manos, como elegantemente lo hacía mi abuelo.

Poco más adelante, estaba la banca de la palomilla de la colonia, futboleros incluidos, muchachos que me aventajaban en altura. Entre ellos estaban unos que apodaban el Fitos y otro el Manuelote, los gigantes del barrio, alegres y justicieros.

Una cuadra adelante, la banca junto a la cual gustaba estacionarse el vendedor de tunas, quiotes y jícamas, según la temporada. Al regreso del paseo, siendo insistente, podría lograr que mi abuelito me comprara uno de esos manjares, más si demostraba cierto cansancio que me obligaba a descansar justo a un lado del carrito. Eso por pura casualidad.

A la siguiente cuadra, todas las tardes, todas, estaba la banca propiedad de una pareja, un matrimonio al que mi abuelo saludaba cortésmente y al que yo aprendí a admirar, por su sola e impactante presencia.

Ella era bajita, hermosa, muy blanca, con las chapas rosadas, delgada y de pelo completamente blanco. Saludaba afablemente. A su lado, muy junto a ella, le acompañaba siempre su marido, un hombre altísimo y delgado, que acostumbraba usar traje y un bombín oscuro que le daba un porte distinguido. Él regresaba más seriamente el saludo y su mirada casi siempre se dirigía al frente. No recuerdo haberlos visto acompañados en esa su banca, que me parecía sin sentido cuando no la ocupaban.

Los ojos claros de ambos, quizás los únicos de la colonia que estaba a mi alcance de niño, capturaban mi atención y me invitaban a seguirlos, a sumergirme en ellos, apacibles los de ella, insondables los de él. De ida hacia Tangamanga caminaba del lado izquierdo del abuelo para tenerlos más cerca, de regreso caminaba a su lado derecho, para volver a sentir cercana, su clara y serena mirada.

Por eso al volver a caminar sobre la Calzada de Guadalupe, de ida como de regreso, sigo volteando a buscarlos en su banca, para deleitarme con su vista como si me endulzara la boca con jugo del quiote más azucarado, o con sabor a orozuz, con la rica herencia de aquella pareja, con su dulce mirada.

El Señor Lupe

Todos los vecinos coinciden en describir al Señor Lupe como alguien exageradamente honrado, y todo un galán. Gustaba vestir traje gris, camisa blanca, vistoso sombrero Tardán oblicuamente colocado, que en conjunto le daban elegancia a su delgadez.

Su figura era fugaz, no paraba de moverse de un lado a otro, nervioso como era, ágil y acomedido. Era madrugador, raro para un oficinista como él. Diariamente, a las 6:30 de la mañana, el Señor Lupe se ponía su traje y salía a coquetear a cuanta empleada doméstica de buen y regular ver barría las banquetas embaldosadas a los lados de la Calzada de Guadalupe.

Aquella vez hizo otro tanto el Señor Lupe: se puso la camisa, el saco, y se acomodó el sombrero a su muy peculiar estilo, de barco a la deriva. Salió de conquista y muy cerca, a media cuadra, encontró a la primera joven en edad de merecer sus atenciones. Ella estaba de espaldas, entretenida con la escoba sobre las canteras rosas.

Le lanzó su mejor anzuelo:

–De la mano de una mujer hermosa como tú cualquiera me envidiaría caminando por la alameda; prepárate y paso por ti al anochecer.

Volteó la doncella a verlo y con incontenida risita medio oculta entre sus manos, dejó caer la escoba, viendo hacia abajo y dándole otra vez la espalda.

Eso obligó al Señor Lupe a buscar en su cuerpo el origen de tan obvia burla.

¡Había salido sin pantalones de la casa! ¡Sus calzones rayados era todo lo que cubría unas piernas de fideos!

En un par de zancadas llegó de regreso a su casa, sin voltear para nada, como mula con cubreojos, por si lo estuvieran viendo otras vecinas. Las llaves se le habían quedado en el pantalón. Tocó la aldaba leonada de la puerta y desde una ventana, alguien lo divisó a escondidas. No por eso le abrió, haciéndose por quince minutos la dormida.

Dicen que de ahí salió el dicho: “si sales a coquetear, bien te has de acicalar”.

El Negro Morales

I

Gran pítcher de velocidad y control como era, el Negro tenía por diversión acercar la bola al pecho y a la cabeza de los bateadores, provocándolos, y a más de uno metiéndoles miedo, buscando justamente el punto en que alguno se defendía con reclamos a gritos o aventándole directamente el bate. Él estaba preparado para responder con los puños la rayada de madre del bateador o para esquivar el bate de encino.

Parecía feliz con que le buscaran pleito, sonreía mientras sus compañeros de equipo se preocupaban por los trancazos que vendrían y por el peligro de las patadas con *spikes* de fierro que volarían entre ellos. A él le encantaba el flujo creciente de adrenalina conforme se calentaba el pleito. De hecho ése era el clímax de su juego ideal de beisbol.

–¡Negro!, ¡Negro!, –le gritaba su mánager, único a quien de vez en cuando obedecía una vez iniciado el pleito.

Pero el Negro ya iba como de fiesta, arremangándose la camisola para el trompo que se iba a dar con el bateador. Cuando alcanzaban a detenerlo antes de darse a golpes, sólo decía:

–Fue él quien empezó...deténganlo a él.

O bien:

– ¿No oyeron que me rayó la madre? ¿Apoco es para dejarse?

Y luego, mientras trataba de quitarse de encima el cerco de compañeros que lo alejaban del *home*, hasta donde había llegado para liarse a trompadas, provocaba al bateador ofendido:

– A ver, repite lo que dijiste...

Por eso no es de extrañar que aunque era un pitcher dominante, rara vez terminaba un partido, no por irlo perdiendo, sino por irlo ganando y silbarles curvas a sus contrincantes, con pelotas que les rondaban las narices. Le sobraban agallas.

II

El Negro Morales era un joven mecánico muy reconocido por sus trabajos en autos de todo tipo. Vivía con su hermano y su mamá a dos cuadras del Santuario. Por razones que no supe de niño, pasó cerca de ocho días debajo del coche de mi padre, haciéndole un ajuste. Lo que nadie me explicó por esos días era porqué unas sábanas colgaban de las rejas del portón de nuestra casa, exactamente el tiempo que él estuvo ahí, prácticamente escondido. Porque era evidente que se aseguraba de que nadie de fuera estuviera cerca del portón cuando salía de debajo del motor, al baño o a comer. Si no, ¿por qué nos dijeron a todos en casa que si llegaban a preguntar por él deberíamos decir que no estaba ahí? Eran los días en que estaba en auge el movimiento navista en San Luis Potosí.

III

Cuarenta años después respondió mi padre por qué había escondido al Negro Morales en nuestra casa: el movimiento navista, viendo la cerrazón gubernamental hacia sus planteamientos, tomó la decisión de hacer explotar artefactos en la subestación eléctrica. Uno de los responsables de la operación era el Negro Morales. Pero abortó, pues llegó a oídos del gobierno y hubo que esconder al Negro. Más adelante lo apresaron en la cárcel de la Calzada de Guadalupe y quedó decepcionado por haber recibido muy poco apoyo cuando estuvo encarcelado. Lo torturaron ahí, le hicieron “el pocito” con *Agua de Lourdes*, lo golpearon por todo el cuerpo. Aunque lo liberaron, tuvo que salir de San Luis huyendo de la represión, sin protección alguna. Nunca se liberó de ese sentimiento de abandono por quienes con él prepararon o decidieron la acción fallida que lo llevó a la cárcel...

IV

Era una gran mazorca blanca envuelta por su risa abierta, de labios gruesos, y fondo prieto, el de su piel. Era dicharachero, juguetón. Su tórax era enorme, de gigante, sus manos eran fuertes como pinzas para el apretón con que saludaba. Su lanzamiento preferido era el “dos”, una recta que resoplaba al llegar al *home* y que hacía arder el guante de su cátcher, el Manteca. Desobediente a las recomendaciones de lanzamientos de Manteca, el Negro le avisaba con la cabeza que no y que no, hasta que sólo restaba como opción de tiro la recta pegada al pecho o a la cabeza del bateador. Era un signo claro de que el Negro se había aburrido de dominar a los contrarios, jugando solo, y que

ahora quería divertirse y poner a todo el equipo en juego, en la batalla campal a puñetazos. Si no se le sacaba a tiempo, ejecutaba puntualmente su plan de acción.

–¡Ay El Negro! –dice aún su exmánager– ¡Le encantaba el peligro!
Arriesgaba todo para que con el peligro le bullera la sangre!

V Tensión en la lomilla

El Negro Morales no sólo dominaba a sus contrincantes con pichadas rápidas, lentas, curvas y engañosas. Tenía un especial sentido del clímax beisbolístico, cuando un solo tiro podía definir el juego, la temporada, la serie final. Él buscaba ese momento, lo iba preparando, contribuyendo al drama, dando una oportunidad aquí, cerrando opciones por acá, asustando por allá.

Y justo cuando todo mundo estaba nervioso para su siguiente pichada definitoria, digamos en una situación de tres bolas, dos strikes y dos *outs*, él llamaba desde la lomilla a todos sus compañeros a sesionar junto a él, en el montículo, por supuesto acompañados de su manager.

Los acercaba a él, en una rueda muy compacta, abrazándolos con sus brazos largos. Ahí presentaba su plan de ataque, que garantizaba la victoria sobre sus contrincantes:

–¡Me acabo de acordar de un chiste buenísimo!

–¡No me salgas otra vez con eso, Negro! –le increpaba su manager, inconforme, mientras sus compañeros empezaban a reír y revolotear a su alrededor.

–¡Es que se me va a olvidar si no se los cuento ahorita mismo! –se excusaba él, como si fuera gravísimo no hacerlo.

–Bueno, pero sólo uno, uno y nada más uno, Negro –condicionaba su mánager.

– Ah bien, ahí va.

En medio de la rueda empezaba a dramatizar el chiste, con su boca y dientes gigantes desembuchando la historia que iba dando paso a manifestaciones hilarantes de sus congregados, imposibles de que escaparan para el público y sus contrarios. Estos últimos interpretaban de inmediato que se estaban burlando a costa de ellos. La rabia se les venía encima ante tal espectáculo, un escarnio a la vista de todos.

Las carcajadas tronaban entre la novena, el manager tampoco podía ocultar la gracia del chiste y era cómplice de la jugarreta del Negro, que cerraba la reunión, advirtiéndoles con cara muy seria, extrañado y ahora con voz que podrían escuchar hasta lo más alto de las gradas:

–¿Qué hacen aquí haciendo chacota del juego? Vayan a sus posiciones que estamos en un partido muy importante para este equipo.

Mientras sus compañeros corrían hacia sus destinos, él volteaba a ver uno por uno, a sus contrincantes, que esperaban ardiditos en su *dogout* o en el círculo de espera al bate. Los examinaba detenidamente, hasta ir a parar con el bateador, al que como colofón a su examen, le dedicaba una sonrisa, murmurado: “ah, contigo estaba”.

Para entonces la furia se había apoderado de todos ellos, obligándolos con su treta a comprimir y tensar, involuntariamente sus músculos, inhabilitándolos, mientras el Negro, relajado como sus compañeros, se disponía a lanzar su mejor pichada, invisible y cargada de humor, también negro. Así ganaba también, festivamente, sus partidos.

VI

Intervención terrenal del Negro, *post mortem*.

En el año 1986, Arturo Cipriano, músico potosino, asistía a una ceremonia en Taos, con los indios Pueblo de Nuevo México. La ceremonia había durado toda la noche y la mañana siguiente, al terminar, mientras los participantes se saludaban y daban los buenos días, lo abordó un gringo de talla descomunal, si bien ya un tanto ajado. Sin más preámbulo, le preguntó a Cipriano:

–¿A qué te dedicas?

– Soy músico.

- Seguramente músico de protesta, ¿verdad?
- Puede decirse que sí.
- He matado a algunos como tú. Me han pagado para eso.

Cipriano se puso en guardia, si es que vale la expresión en tierra ajena, sin acompañantes, ni el tamaño u oficio, ni los arrestos del gigante. Volvió a la carga el tipo:

- ¿De dónde eres?
- De San Luis Potosí.
- ¡Cómo! ¿De verdad?
- Sí.
- Yo estuve ahí en los años sesenta, en la cárcel, dos años. Luego me sacaron mis contratantes. Me detuvieron después de matar a un tipo por encargo, fue un pinche descuido.
- Entonces conociste al Negro Morales y a Manteca.
- ¡Qué! ¿Cómo sabes? ¿Los conociste?
- Sí.
- ¡Ni siquiera habías nacido para entonces! ¡No es posible! ¿Cómo sabes?
- Pues los conocí.
- ¡Qué cosas! Eran muy buenos muchachitos, nos divertíamos mucho en la penitenciaría. Me caían muy bien. Cuando llegaron los torturaron severamente. Les dañaron los intestinos a puñetazos y macanazos, especialmente al Manteca. Al Negro se le veía la mazorca de dientes al contar sus chistes. Me llevé muy bien con los dos, habían sido uno pitcher y el otro su cátcher en béisbol. Muy divertidos muchachos.

Entonces cortó la plática, se despidió de mano con empatía, la otra puesta al hombro de Cipriano, y se marchó, mirando hacia el sol naciente.

El Señor Hambre

Cuando vivía con mis hijos y les preguntaban: ¿qué hace tu papá?, no sabían ni qué contestar. No sabían que desde entonces mi chamba era hacer hambre. Sigo haciéndola: chica, mediana, grande, según la disminuyan los trozos de pan que consigo mendigando. Me los dan con la punta de dos dedos, para no tocar mis manos, negras como están de levantar migajas, botes y papeles del suelo. Les repugnan mis manos, mis manos hambrientas.

Nadie compra mi hambre, a nadie se le antoja. No hay quien me ayude a cargarla ni a lanzarla al basurero.

A los estudiantes que pasan les invito: ¡llévense esta hambre!, enseña más que la escuela. Ellos siguen de frente, incrédulos. Si pudieran no me verían, les doy asco.

¡Dispárenle a esta hambre!, ruego a los militares y a los policías, para que vivan tranquilos. Me dan por loco, fingen no oírme. Dicen que me retire de sus puestos de guardia, que apesto.

¡Encierren a esta hambre!, suplico a los carceleros. Contestan que las cárceles están abarrotadas de hambrientos que intentaron dejar de pasar hambre, tomando pan ajeno. ¡Vete ya! –ordenan. Aquí no caben más piojosos ni purulentos.

¡Ya no la soporto! ¡Sepulten a esta hambre!, exijo a los muerteros. Mientras escarban contestan sin voltear a verme, que sólo entierran a los muertos. “Pero lo podemos esperar”. Con moribunda voz, imploro: ¿para qué esperar? Soy un muerto de hambre, mi féretro son estas garras y una maraña de pelos

enterrados. Tomen por cruz cualquiera de las que la gente pone al verme echado sobre cartones, en mi helada banca de cantera. Pidan una cruz que le pese a un peregrino y clávenmela, mientras tirito de frío, por la madrugada.

Jando

Don Jando era un viejo tartamudo y chimuelo que se mantenía pintando flores en cortinas, o bien vaciando pequeñas casitas en yeso y luego pintándolas para su venta en el mercado.

Decía que su misión en el mundo era terminarse todos los venenos que producían las fábricas de bebidas, para que no dañaran a otros. Por eso cada vez que compraba una botella de ron o de whisky, de inmediato con su estudiada y fina letra le ponía una gran etiqueta roja que cubría totalmente a la original: “Peligro VENENO”. Tenía su colección de botellas vacías con esos letreros, para demostrar a sus visitas que mucho hacía por el mundo y que nadie lo premiaba por eso.

–So–so–son to–to–todos u–unos ingratos.

Sus gastos eran pocos, aparte de las botellas de veneno. Compraba semanalmente billetes de la lotería, que guardaba sin revisar si habían sido premiados en la fecha del sorteo, para darse sus sorpresas a final de año. Ese era su regalo personal de navidad, toda una ceremonia que empezaba por sacar de un baúl los periódicos del año y buscar en ellos los resultados, tarea que le podía tomar ocho días, considerando que aprovechaba para irse acabando el veneno del mundo acumulado en el año.

Al visitarlo los niños del barrio, le adivinaban de qué color eran las flores que estaba pintando, sin necesidad de verlas.

–Hoy está pintando de naranja las flores, Don Jando.

–¿Pe–pe–pero co–co–cómo lo–lo saben? – se admiraba o pretendía admirarse de ellos.

–Por sus ojos – le contestaban unos; por sus cabellos, le contestaban otros.

Le adivinaban porque al estar chimuelo y no tener dientes para detener la lengua, ésta se le salía y se le había hecho más larga. Junto con eso, mientras pintaba, adelgazaba con saliva sus pinturas, poniendo el pincel cargado de colores, sobre su pronunciada lengua. Lo que no podía hablar, lo expresaba en coloridos ramilletes que engalanaban las cocinas y salas de sus clientes más atrevidas. Se le daba el color, escanciado con alcohol.

El estar chimuelo no le impedía disfrutar gustos de dentones. Cuando se le antojaba masticar caña de azúcar, reunía a sus sobrinos y a los amigos de éstos y los llevaba a comprarles a cada uno trozos de dulce caña, que todos recibían de sus manos como regalo. Se sentaba en las bancas circulares del atrio del Santuario de Guadalupe, y como era el anfitrión, imponía la única regla:

–La–la tie–tie–nen que–que ma–mascar fue–fuerte. A–a–aquí, fre–frente a mí, o ya–ya no–no les vue–vuelvo a co–co–comprar su ca–caña.

Niños y niñas hacían competencias por rasgarlas y mascarlas lo más fuerte que podían, aunque les chorreara el jugo por las comisuras de la boca y por todos sus cachetes. El chimuelo gozaba con verlas masticar, imposibilitado de hacer lo propio.

Era un masoquista de gusto cultivado, hasta en la suerte, pues se enteró muy cerca de morir, que había ganado dos veces la lotería, cuando le faltaban dientes, hígado y días, para gozar las mieles de su destino chimuelo.

Las agallas del Coronel

Un juego de póker en el casino militar era una buena ocasión para relajar las tensas relaciones de autoridad entre los oficiales del Batallón de Infantería. Las “palabrotas” y maldiciones fluían en el juego sin mayor riesgo, y frecuentemente entre ellos, mismas que ni de guasa se dirían frente a los soldados del cuartel, con menor jerarquía.

El casino estaba casi lleno. Un Coronel, por descuido, dejó ir la oportunidad de ganar una mano a los tres oficiales con los que jugaba. Entre sus contrincantes en el póker estaba un General recién llegado, que a quemarropa, le dijo con tal vocerrón, que todos en la sala lo escucharon:

–Es usted un gran pendejo, Coronel.

Se hizo un denso silencio en la sala toda. Desde las mesas de billar, al lado, las miradas expectantes de los demás oficiales contribuyeron a dar dramatismo a la escena, con los giros de sus cuerpos y el reposo de los tacos sobre sus botas.

–Discúlpese, General, no tiene por qué ofenderme.

–Es usted un gran pendejo – repitió el General, ahora redoblando la voz y ensanchando sus mejillas.

Se levantó de su silla el Coronel, con fiera mirada y brazos alistados para pelear cuerpo a cuerpo. Se le reconocía en el batallón como “bueno para los puñetazos”.

El General, levantándose, sacó su pistola 45, apuntando al pecho del Coronel. Con todo y el silencio, nadie tuvo oídos para escuchar las campanadas que llamaban a la última misa desde el Santuario de Guadalupe.

–El arma sólo se saca para disparar –recordó el Coronel al General, desafiándolo a jalar el gatillo.

Se miraban despectivamente, provocándose, midiéndose. Los demás oficiales hasta entonces atinaron a sugerirles que pararan aquello. Los rijosos no los escucharon, estaban en su reto de cuerpos, con sólo una pistola separándolos. Se fulminaban a plomazos con la vista.

–No se metan –ordenó el Coronel volteando hacia los que se acercaban a separarlos.

Al tiempo que ordenaba, súbitamente, con ambas manos tomó la pistola del General y con una torsión, lo desarmó a la vista de todos, limpia y vergonzosamente para el superior. Apenas lo hizo tambalear.

–¡Ordenaré un Consejo de Guerra contra usted por insubordinación! – gritó desesperado el General.

El Coronel le dio la espalda, cediendo la pistola al primer oficial en su camino hacia la Comandancia. Iba a entregarse al oficial de guardia. Lo hizo a paso firme, como si fuera a recibir un ascenso, alisándose orgulloso sus bigotes, peinados a la “cuernos de toro bravo”.

Cuando yo era un eco

Recuerdo que una vez, cuando tenía apenas cinco años, mientras comíamos, mi papá, como siempre, me ordenó:

– Dile a tu mamá que me sirva más caldo –yo estaba sentada entre él y mi mamá. Obediente, cumplí su orden.

–Dile a tu papá que espere a que termine el mío –respondió mi mamá.

Con mi vocecita repetí el encargo, sin ver a papá. Mis hermanos, Carlos de ocho años y Celia de seis, comían indiferentes al fastidioso juego de mis padres, de ignorarse uno al otro.

De ellos, sólo Carlos tenía el vago recuerdo de pláticas directas entre mis papás. Se sentía en parte culpable de que no se hablaran entre sí, desde aquel día en que mi papá se olvidó de pasar a recogerlos a la salida de la escuela. Recordaba, eso sí, muy claramente, las palabras que repitió mi mamá después del imperdonable olvido:

–¡Me las va a pagar tu papá!, ¡no tiene madre!

Recordaba bien esa amenaza, porque esa misma vez Carlos le contestó:

–Sí tiene madre, es mi abuelita.

–No te metas en esto, chamaco, ni lo defiendas. ¡Me las va a pagar!

Esa vez que comíamos, mirando las gotas de caldo que caían de mi cuchara, pregunté a mi mamá:

–Si te pregunto una cosa, ¿no te enojas, mami?

–No hijita.

–¿De veras no te enojas?

–Si no es una cosa mala, no me enojo.

–¿Te acuerdas que una vez que te pregunté por qué no le hablabas a mi papi, me diste un soquete?

Como en coro, los dos me contestaron:

–¡Te voy a dar otro soquete!

–Dijiste que no te ibas a enojar, mami –dejé pasar unos segundos y seguí– es que no me dejan comer, me están pide y pide repetirles todo, es muy entretenido.

–Pues sigue haciéndolo –ordenó amenazador mi papá.

–A veces es divertido, jugar a que no se oyen, como sorditos, a que no se ven, como cieguitos –les dije.

–¡Ya cállate, Licha, deja de decir tonterías! –fue mi madre quien ordenó.

– Conste, me callo, ¿y quién les va a decir a ustedes lo que se van a decir?

¡Los ojos que me echaron todos!, hasta mis hermanos, pero ellos aprovecharon para reírse un poco.

Eso no quitó que por unos años, yo me sintiera muy importante: sin mí, ellos no podían vivir.

Pasaron unos tres años más, y yo de traductora, mejor dicho, de repetidora entre mis papás. Tan acostumbrada estaba, que no hacía caso de su enojo inútil, invasor.

Entonces, a los ocho años me pregunté: ¿cómo le harán cuando yo no estoy para comunicarse? Intrigada, inventé una tarde que iba a salir con mis amigas a jugar a la Caja de Agua de la Calzada, pues vivíamos casi enfrente de ella, y avisándoles en voz fuerte, salí por la puerta principal, pero dejé abierta la ventana de mi cuarto para entrar por el patio. Entré cuando estuve segura de que no me habían sentido regresar. Aguardé callada, para escuchar cómo resolvían sus asuntos sin mi presencia, sobre todo sin mis repeticiones.

De repente, oí que mi padre gritaba a todo volumen:

–Licha, preguntale a tu mamá que dónde dejó mis pinzas, ¡no las encuentro por ningún lado!

Estuve a punto de tomar la palabra para enviar el recado. Toda la vida la había hecho de retransmisora, automáticamente, hasta creí que me había escuchado entrando a mi cuarto. Pero me quedé callada a ver si me repetía la orden, como siempre. En eso mi mamá gritó igual de fuerte, o más:

–¡Dile a tu papá que no me esté jodiendo, que mejor deje las cosas en su lugar y ahí las encontrará cuando las busque!

Se hizo otra vez el silencio entre ellos. Traté de aguantarme las ganas de reír. Pude de milagro alcanzar una almohada de la cama para taparme la boca, y poder silenciosa y contenidamente, carcajear y llorar divertida por

mordidos minutos. Me reía también de mí, ya no era tan indispensable como creía.

Cuando pude calmarme, decidí que haría como mis hermanos, sin habérmelo propuesto: que mis papás se las arreglaran entre ellos, sin mí. En ese momento me sentí de verdad libre. A partir de entonces ya era yo, no su eco, rebotando de derecha a izquierda y al revés. En delante nadie me ordenaría, sólo yo me ordenaría.

El hombre–mosca

Desde noviembre empiezan las peregrinaciones al Santuario. Avanzan por toda la Calzada, llegando con flores, estandartes, cantos y veladoras, hasta el altar de la Virgen de Guadalupe.

En diciembre ya es casi imposible entrar al Santuario con tantos peregrinos, si acaso se puede en la mañana y un poco en la tardecita. El atrio se queda lleno. El hombre–mosca escogió exactamente una tarde, en la primera semana de diciembre, para dar su espectáculo de día, cuando era posible verlo. Subiría entre las esculturas y columnas de cantera del frontispicio, hasta la cruz de uno de los campanarios, como habían anunciado con un altavoz por todas las manzanas aledañas, tanto del lado de San Miguelito como de San Sebastián.

Llegaron además de los peregrinos agotados, los vecinos: niños, jóvenes y sus papás, queriendo admirar lo increíble, un hombre subiendo en vertical por la fachada del templo. ¡Qué hazaña sería aquella!

El hombre mosca no lo era porque volaba, sino por lo diminuto. Era casi un enano, eso sí con unas manotas y todos sus dedazos extraordinariamente gruesos.

Era la hora del ascenso, las cinco de la tarde. Lo anunció un muchacho con voz de verdulera en el mercado:

– Por única vez en el siglo, llegando desde las nubes de allende el mar, el hombre–mosca arriesgará la vida por todos ustedes. Cierren los ojos los enfermos del corazón, tomen sus pastillas los que padecen susto, oren los que aún tengan saliva, respiren profundo los que padecen de

los pulmones. Van a contemplar cómo este ser reptante entre santos y obispos de piedra para llegar hasta el cielo. Jamás, nadie ha hecho antes lo que este hombre–mosca hará para ustedes, como lo ha hecho en los más altos templos de Querétaro, México, Guanajuato y toda Europa.

El casi enano se arrodilló a la entrada del Santuario, encomendándose a la Virgen, y descalzo, echó un par de salivazos a sus manazas, antes de empezar su escalada.

–¡Ah! –suspiraban todos los presentes, a cada uno de sus movimientos.

Pretendía resbalar cuando apoyaba sus pies. Con eso la gente se asustaba más y más. Llevaba la cuarta parte de subida, cuando dos muchachos pasaron entre la gente a pedir una moneda para el valeroso hombre–mosca. “Él vive de sus óvolos”, decían.

Las cabezas estaban todas alzadas. Los pequeños pedían a sus padres que los subieran en sus hombros para ver mejor. Llegaba más gente apretujándose.

–¡Se va a matar! –aseguraban las señoras.

En eso hizo un movimiento en falso y quedó suspendido sobre sus dos manos, con las piernas colgando. ¡Cuidado! gritaban niñas y niños.

–¡Dios lo proteja! –murmuraban compasivas unas ancianitas.

–Se hace pendejo –decían unos jóvenes entre ellos.

Varias personas que no habían dado su cooperación lo hicieron hasta entonces, convencidos del riesgo que corría. El hombre–mosca subía

dramáticamente, sudando. Se limpiaba el sudor con un dedo y aventaba las gotas al aire, que caían salpicadas sobre la gente, frías como diciembre.

Todos aplaudieron ruidosamente cuando llegó a la cúspide del frontis, a la base de los campanarios. Los peregrinos olvidaron sus mandas por unos momentos. Él agradeció, acercándose con temeridad a la cornisa del voladero. Caminó rápido hacia la columna del campanario de la derecha y cuando iba a iniciar la segunda parte de su escalada, un hombre con gorra azul, como de policía, desconocido, le silbó desde el atrio y luego, gritando, le ordenó:

–¡No suba más! No tiene permiso del párroco ni del obispo para subir.

–¡Pues consígamelo! –contestó el hombre–mosca, pretendiendo continuar la subida. Toda la gente rompió en risas.

Encolerizado, el presunto policía le advirtió a gritos que le iba a decomisar la colecta, mientras apretaba del brazo a uno de sus ayudantes.

–¡Ahí queda! ¡Ahí queda! Ya no subo –fue la respuesta. Y dirigiéndose al público, el hombre–mosca gritó contrariado:

–Me lo impide la autoridad, por mí seguiría hasta la cruz. Dios los bendiga por su cooperación.

Y desapareció de la vista.

Los espectadores empezaron a dispersarse, traían la boca seca y un gran hueco estomacal por la angustia. Junto al atrio, a ambos lados, en puestos fijos y móviles, vendían cañas, tejocotes, mandarinas, naranjas y jícamas, enchiladas y pepitas. Varios padres complacieron a sus hijos, mientras

tomaban jugo de caña. Al terminar, ya para pagar frituras y frutas, se oyó que muchos gritaban:

– ¡Me robaron la cartera!

Tras unos segundos de reflexión, gritaron otros:

–¡Fueron los ayudantes del hombre–mosca!

–¡Atrápenlos! –fue el siguiente grito colectivo de los hombres, buscándolos furiosos.

Volando entre el gentío, desaparecían con los bolsillos llenos, cambiadas las camisas, los ayudantes del hombre–mosca y con ellos, el falso policía.

Calzada de Guadalupe

Estoy en la ciudad en que nací y crecí hasta los 18 años. Al cumplirlos la dejé para estudiar lo que en ella no había. Cuando tomé el autobús de mi partida, justo antes de subir su primer escalón, juré volver apenas terminara los cuatro años de carrera: matemático. No volví nunca más, sino de paso, a visitar a amigos y familiares.

Treinta y cinco años después, estoy de visita fortuita por sus calles. Decido en mi único rato libre, caminar mis querencias, recorrerlas a solas para derramar unas lágrimas cada vez que se suelten. Por alguna razón profunda y desconocida que se manifiesta en el acto, empiezo por visitar a Doña Juanita Hernández de Moreno, porque su hermosa casa siempre tuvo su portón abierto, con unos canarios como recepcionistas y un patio engalanado con plantas y macetas que invitaban a detenerse y admirarlo. En algún lugar invisible, estaba ella, sabedora del arte de criarlos y darnos el goce de escuchar sus trinos y detenernos en sus encantos. Toco a su puerta, la primera que elijo y nadie me abre. Insisto y el silencio domina, no está la puerta abierta como antaño y el desasosiego me confunde. ¿Acaso no vive más ella? Me acobardo ante esa posibilidad y continúo caminando sobre la banqueta mientras deslizo mis dedos sobre las canteras rosas que forran las fachadas y balcones de cada una de las casas vecinas. Son mías como los sueños en que visito cada una de ellas, a treinta y tantos largos años de dejar de pasar a su lado, comiendo jícama o quiote como chamaco enfiestado.

Queda atrás su casa, aparentemente abandonada, nadie me ha respondido, si acaso el golpe bruto del silencio que choca de frente con mis recuerdos de alegres canarios.

Voy a esta casi tercera edad en años, saboreando entre mis dedos los portones de mezquite, las aldabas leonadas y réplicas de delicadas manos femeninas moldeadas en bronce, venidas de otras centurias, que flanquean esta Calzada y que pueblan mis paseos nocturnos desde una enorme distancia. Sigo llorando, al no atreverme a visitar esas calles que me hicieron feliz de niño y que me imponen pisarlas sin la misma inocencia.

¿Qué hago en otros lugares?

De cómo se aprende en el campo

Don Pedro Gómez, vecino de Villa de Zaragoza, tiene cuarenta años vendiendo tunas, quiotes, melones, jícamas y otras delicias de temporada, en su carrito de madera con dos ruedas, vitrina y sombra integrada para protegerlas, sobre varios tramos de la Calzada de Guadalupe.

Estamos en el mes de julio, en que vende sus jugosas tunas cardonas, amarillas y verdes cristalinas, que ha conseguido en Guanajuato. Ahora las ofrece junto al mercado Tangamanga.

Campesino como es, disfruta platicar de sus cultivos de maíz y frijol, de cómo cada que puede riega su milpa bombeándole agua de un pozo, y observa cómo el agua “pasea por entre los surcos”, y cómo las plantas de maíz “sombrilean” la tierra para dejar humedad durante unas semanas, beneficiando al nuevo maíz que brota.

Explica cómo aprendió a labrar la tierra: desde pequeño mi papá me llevaba a la labor. A la hora de su desayuno, iba a comer su lonche a la sombra de los árboles más cercanos, que estaban fuera de mi vista. Me dejaba cuidando a la yunta y a los bueyes. Tenía yo siete años cuando me dije con ésta (señalando a su cabeza): también puedo hacer surcos y labrar la tierra. Empecé por arriar a los bueyes con mi vocecita y puse toda mi atención en la profundidad del surco. Así hice todo un surco largo, pero bien garigoleado, que no acompañaba a los que mi padre había hecho.

Regresó él y me preguntó mientras volteaba a ver hacia todos lados:

—¿Quién te ayudó a hacer ese surco?

Pero nadie se divisaba, yo estaba ahí solito entre todas esas milpas.

– Yo –le dije.

– ¡Pues qué mal lo hiciste! –fue su comentario.

Entonces tomó una vara dulce y me golpeó con ella en la espalda y en las piernas. Me las dejó bien moreteadas. Era una vara de palo azul.

Y así otro día, sin su permiso hice otros surcos. Otro día hice otros tres. Cada una de esas veces me golpeó con su vara dulce. Hasta las costillas me dolían.

Pero entonces me dije con mi pensamiento: para que el surco vaya parejito con los otros, algo se tiene qué hacer con los animales y así jalándolos derechito, siguiendo a los otros surcos.

Así que alineé a mis animalitos y a la yunta con los otros surcos, y con toda la fuerza en mi voz y en las riendas, mantuve a los bueyes jalando al parejo, ni más p'allá ni más p'acá. ¡Derechito! Quedaron cuatro surcos bien hechos. ¡Eso me puso bien contento!

Regresó mi padre de su almuerzo y otra vez más preguntó que quién me ayudó a hacer los surcos, pues habían quedado bien hechos y parejitos. Le volví a decir:

– Yo solito los hice.

Y él me soltó esto:

– Siempre he dicho que sólo a varazos se enseña a los hijos.

Sin asomo de rencor, cuarenta años después, y con tanta dulzura como la de sus tunas, Don Pedro reflexiona:

- Antes no se enseñaba con la boca, con el diálogo. Antes se enseñaba a varazos...

El trotador de la Calzada de Guadalupe

Exactamente a las cuatro y media de la mañana, el trotador aparecía entre las arcadas del monumento a los Niños Héroes –antes leprosario–, y cruzaba la calle, junto a la fuente, para tomar desde su inicio la Calzada de Guadalupe, con pasos largos, de calentamiento.

En el silencio absoluto de la madrugada, sólo los silbatos de los centinelas de la Penitenciaría, cada quince minutos, y la ruidosa respiración y expiración del trotador, rebotaban entre los altos muros de las casas laterales, de orilla a orilla.

Salía encapuchado para protegerse del frío invernal, con doble sudadera “para sudar suficientemente y mantenerme en línea”, pantalón deportivo, tenis, y un bate de beisbolista que mantenía girando ya con una o las dos manos, hacia arriba y hacia los lados, haciendo rehiletos.

Excepto los domingos que descansaba, el resto de los días del año, invariablemente se encontraba en la primera cuadra con una pordiosera jorobada y renga, a la que le tomaba una hora llegar desde ahí hasta el portón de la Catedral, con su paso entrecortado. Daba entonces su primer saludo:

–¡Buenos días Doña Chole!

–Buenos días, señor.

Él tomaba de la mano de ella, como de costumbre, un lazo con el que arrastraba en una gran bolsa, cartones, papeles viejos y ropa. Ese día él hizo algo más. Le acarició la mano.

–Dios se lo pague –agradeció ella de antemano, como siempre, pero quedó extrañada.

Él continuaba luego a trote por la Calzada, arrastrando aquel bulto empolvado. A la siguiente cuadra saludaba de lejos a los guardias de la cárcel, tomando el bate como ellos su rifle. Esta vez hizo además un rehilete, saludando.

Seguía driblando los postes con las lámparas de la Calzada, respirando profundo el oxígeno que le regalaban pirules, robles y pinos de las jardineras laterales.

Dos cuadras más adelante, a trote normal, saludaba a los cabos de guardia del cuartel militar, colocando ahora el mango del bate sobre su sien, muy formal. Le contestaban reglamentariamente los bisoños guardias, helados por una larga noche en vela. Pero esta vez él lo hizo con marcialidad exagerada, notó uno de ellos.

A la altura de la tienda de abarrotes “El Volcán”, junto a la fuente “La Conchita”, alcanzaba a Don Sebas, que iba empujando su carrito de tamales, rumbo al centro. Le solía dar una palmada suave sobre la espalda, comentando:

–¡Hoy los venderá todos, mi amigo!

–¡Dios lo oiga, señor, buen camino!

Esta vez Don Sebas sintió que el corredor fijó su vista un par de segundos más sobre sus ojos. Para entonces, continuó con trote firme, empezando a sudar en el frío. Llegó frente a la fábrica de motores, donde dormía diariamente en una banca Luis, el vagabundo en harapos. Se detuvo para colocarle encima los periódicos y cartones caídos con que solía taparse, y mitigarle un poco el aire y la helada. Así lo saludó en silencio.

Al llegar a la Caja de Agua, cambiaba su rutina, girando ciento ochenta grados, para caminar hacia atrás. A lo lejos podía ver que de las calles vecinas, se incorporaban a los flancos de la Calzada, ciclistas, obreros de las fábricas y ferrocarrileros que entre guantes, cubrebocas y gorros de lana, rompían el viento a su paso.

Llegando al Jardín del Mercado Tangamanga o La Merced, en la primera banca dejaba el bulto de Doña Chelo, para que ella lo recogiera a su paso, cuarenta minutos después. Continuaba de frente su trote por la calle Zaragoza, hasta el zócalo y luego doblaba hacia la calle Venustiano Carranza. Ahí le daban las 5:00 de la mañana, hora de emprender el regreso, cuando varias mujeres habían salido a barrer las banquetas de sus casas y a limpiar las herrerías y vidrios de muy antiguas ventanas.

Dejó de concentrarse en su respiración, como habitualmente, y dio por voltear a ambos lados de su camino, como bebiendo la ciudad y sus rincones. Decidió por primera vez dejar el centro de la calle y avanzar esta vez por una banqueta,

a trote lento y acariciando muros y ventanas, herrerías y portones con su mano. Pensó que al tocarlos los tendría por siempre consigo.

Al llegar al zócalo, se liberó del estorbo del bate, compañero de cuarenta años de correrías, regalándolo a un barrendero. A esa hora ya no le amenazarían ni pondrían en peligro los perros ni los borrachos envalentonados. Necesitaba en esa travesía especial, ambas manos para percibir con cada poro su terruño adoptivo, sus rumbos sagrados, y el bate se lo impedía.

Siguió por Zaragoza y en zigzag, trotó para tocar con sus manos los zaguanes de ambas aceras. Por ellas pasaron fierros forjados, aceros y bronces; cedros, mezquites y encinos tallados. Cada sensación material iba dejando huella única, espiritual, en su cerebro.

Su respiración se había acelerado como nunca: iba acercándose a la euforia. Entrando a la Calzada, siguió su trote cruzando de la banquetta poniente a la oriente, y a la inversa, e inició a repegar su cuerpo por el frente, espalda y con la capucha bajada, con sus cabellos, sobre los muros de las casonas. A cuantos lo veían les parecía extraviado. Saludaba, eso sí, pero sin detenerse con sus vecinos cotidianos. Acarició cada una de las casas a los flancos de la Calzada, cada tienda e institución, cada esquina y fuente, cada aldaba.

Todos los últimos madrugadores de a pié o en bicicleta volteaban a su paso. Las mujeres que aseaban las banquetas se preguntaban de aquél raro comportamiento de un hombre toda la vida predecible, por su paso lineal, firme, puntual, cortés y saludador, al centro de la Calzada, sin desatinos, como ahora. Hubo entre ellas quien pensara que esa era una nueva manda de peregrino de la Virgen de Guadalupe; otro corredor aseguró que se trataba de una nueva rutina apropiada para un atleta nato como él.

Los cabos de guardia del cuartel militar se alertaron al verlo cruzar decidido hacia su puesto de vigilancia. Se sosegaron cuando volvió a desearles buenos días con su vocerrón, tocando de paso una columna del edificio. Cruzó luego hacia el asilo, hizo lo propio por su reja alta y llegó a la Cruz Roja, donde además rozó con sus manos las ambulancias. Se dirigió luego al Internado Damián Carmona. Ahí su jardinero se asustó de ver tanta decisión al paso.

Ahora iba gritando al viento, en todas las direcciones, a plena voz con su gran caja torácica, febril: ¡buenos días, día! ¡buenos días, árboles! ¡buenos días, jardín! ¡buenos días, aves! ¡buenos días, vecinas y vecinos!

Volvió a la acera de enfrente para continuar palpando con ternura cada una de las casas con fachadas de cantera.

Cruzó la Calzada. En la cárcel tomó por sorpresa a los guardias, que a pesar de conocerlo bien, tuvieron que apuntarle en su carrera. Un “no se apuren, muchachos, buenos días” les hizo suspender su temor y luego bajar los rifles. Tocó la torrera del portón y siguió su trote y saludos mañaneros a los que esperaban enteleridos el camión, por las esquinas de la Calzada, cuando ya amanecía.

Siguió ahora a paso largo, por la fuente del atrio del Santuario de Guadalupe, flanqueado por sus palmeras y encinos, que recibieron alegres sus buenos días y parecieron inclinarse en signo de cortesía, a su paso. Llegado al portón del Santuario, gritó: ¡gracias, gracias, madre!, dirigiéndose a la Virgen de Guadalupe. El padre Cornelio y una docena de ancianas, estaban terminando la misa de las cinco de la mañana. Nunca supieron, admirados, de dónde provino aquel agradecimiento al que hicieron eco las altas naves de la iglesia.

Avanzó luego con paso normal, de enfriamiento, rumbo a su casa, tras lo que había sido antaño el Leprosario y luego el Jardín de los Niños Héroe. Estaba totalmente vacía. Un día antes había venido la mudanza para llevarse su menaje de toda la vida para llevarlo a una ciudad lejana, donde habría de pasar sus últimos años.

Se dio su baño de agua caliente y luego fría, frotándose con enérgicamente todo el cuerpo, como era su costumbre. Se vistió e hizo un último recorrido en silencio, casi temblando, entrando a cada uno de los cuartos desnudos de la casa que acababa de malbaratar, construida durante años de sudados y desmañados esfuerzos. Tomó su maleta, la subió a su auto y cerrando la casa, la abrazó del portón, aferrándose a ella. Su sollozo, tan fuerte como sus pulmones de profesor y mánager de equipos de béisbol, llegó a oídos de sus vecinos en la privada, que en esos instantes se estaban levantando. Por primera vez en su vida, la emoción que lo dominaba no le permitió recuperarse de aquella situación difícil, a su estilo y como era su hábito, que tanto

recomendaba: respirar profundo, llevando aire hasta la base del estómago, mirando a las alturas.

Los vecinos sabían bien de lo que se trataba. Por eso lo dejaron despedirse así, apretado a sus apegos, a sus años juveniles y de madurez, a sus logros y pasiones. Al ver su auto enfilarse por la Calzada, apenas alcanzaron a desearle que las lágrimas no nublaran su camino, rumbo a las tierras de su ocaso.

Capítulo Dos

Infancia por la Calzada

Yo ya fumaba...

– ¿Qué están haciendo chamacos?, preguntó en voz alta tía Male entrando al garaje de la casa de mis abuelitos.

Los seis primos guardamos silencio. Desde segundos antes, todos excepto yo, tenían las manos atrás. Su mirada nos recorrió, la sentí muy fuerte.

“Fu fu”, es lo que le contesté, con los dedos de mi mano derecha simulando detener un cigarro sobre la boca, según dicen mis hermanos, pues yo de esa parte no me acuerdo. El silencio cómplice de los demás, hermanos y primos, se volcó unánimemente amargo sobre mi respuesta.

“¡Ajá! ¡Con que están fumando!” fue la siguiente frase de mi tía, con expresión de sonrisa burlona, pasando su vista por cada uno de nosotros y asintiendo. De todo esto sí bien me acuerdo. Cada quien escondía en las manos, por la espalda, una colilla, tomada de los ceniceros de la casa, abandonados por Lupita, la graciosa amiga de mis tías gemelas y por ellas mismas. Eran los restos de los deliciosos y mentolados Lucky Strike o Pall Mall, de importación, llegados por Tampico, de donde los traía Lupita para gusto de todas ellas.

– ¡Pues si tienen ganas de fumar, su tía Male los va a deleitar! —nos dijo alegremente, muy bonachona.

En eso sacó de su fina cigarrera de cuero, una cajetilla de las dos que portaba, y ante nuestros ojos incrédulos, nos fue pasando a cada uno, un cigarro entero, mentolado, extralargo, y luego empezó a prendérselos con su elegante encendedor de gasolina. ¡Qué increíble tía! Ningún adulto nos había dado en

la vida tan rico regalo, ni siquiera en navidad. Si ya la admirábamos, con esa sorpresa se nos hizo radiante, única en la vida.

Paladecemos en silencio el cigarro, nadie entre nosotros cruzaba palabra. Era un gozo entrecortado, a medias, pues hacíamos lo prohibido frente a una persona mayor, invitados por ella. Acabamos el primero y renovó su alegría:

–¿Les gustó, verdad? Tomen otro, enterito para que no anden recogiendo colillas chupadas y con secretos ajenos.

Nos los fue encendiendo amablemente: ándenle, decía. El segundo nos supo rico, no tanto como el primero, pues tanto silencio le quitaba sabor al mentol, como su contento extraño.

Acabado el segundo, nos encendió el tercero. Más de uno se resistía, pero nos animó a seguirle:

– ¡Ándele! Son mentolados, finísimos, les van a gustar.

Pasados unos segundos, uno por uno, empezando por los más chicos, hasta el mayor que tenía ocho años, nos sentimos mareados. La barda de la cochera ayudó a mantenernos en pie.

– Ya no tía, siento ganas de vomitar, dijo uno, y los demás, con ojos perdidos o dolor en el estómago, se rindieron, suplicando terminar con el juego de fumar.

Yo me acuclillé sintiendo que me caía. De eso también me acuerdo, pues para entonces ya tenía tres años y tres cigarros completos, lo que es mucho más que sólo tres años.

Al despertar, esa misma tarde, decidí firmemente dejar de fumar, y no tuve que hacer una manda de caminar de rodillas por toda la Calzada. Lo bueno es que no fue con el chisme a mis papás. Por eso admiro más a mi tía. Y porque mientras están fumando sabores dulces que se vuelven tan amargos y te dan ganas de vomitar, se la pasan alegremente. Todavía no sé cómo le hacen.

La puerca

En el terreno de al lado de nuestra casa, a media cuadra del Santuario de Guadalupe, mi abuelito tiene un corral en el que cría chivos, borregos, guajolotes, conejos, puercos y todo lo que de repente se le ocurre, hasta animales que se comen a los que ya tiene. Cuando están gordos y grandes, en mañanas que nos vamos a la escuela, desaparecen. Es entonces cuando el abuelo nos regala un helado o invita a sus amigos a un gran mole. Él nos dice que compra la carne en la carnicería, que no es la de los animales que le ayudamos a alimentar, pero no me atrevo a decirle que sospecho que él vende hasta a nuestros animales consentidos.

El corral es gigante, de bardas muy altas. En la orilla izquierda hay un enorme árbol de breva, al que nos subimos en junio para bajar hasta diez cubetas llenas de brevas, con las que mi mamá prepara la más deliciosa mermelada del mundo. Se pasa horas y horas cociéndola en la estufa, y nosotros cooperamos moviéndole y añadiéndole unas cucharadotas de azúcar. La verdad es que apenas se voltea para otro lado, metemos el dedo para probar la mermelada, aunque a veces nos quemamos por gusgos.

En el corral andan sueltos los borregos, las chivas y los guajolotes, pero están encerrados los puercos y los conejos.

En el rincón del corral, lejos de la puerta y cerca de la breva, está la porqueriza, rodeada con una malla de alambre delgado, sostenida por palos. Los puercos machos se deben separar de las hembras cuando ellas van a parir, pues dice mi abuelo que el macho es capaz de matar a sus cerditos recién nacidos y de comérselos. Yo no sabía si creerle eso. ¿Apoco ustedes creerían posible que

un papá se coma a sus hijos? Por ejemplo, yo no creo que él se pueda comer a mi papá por mucho que esté enojado. ¡Y vaya que se enoja!

Bueno, tengo que platicarles lo que pasó ayer, cuando estábamos los tres hermanos mirando cómo mamá puerca daba de comer a sus cerditos. Estaba echada con toda su barrigota al sol y con los doce puerquitos pegados a su ubre, empujándola con sus hocicos mientras comían como enojados, repelando y cambiando entre ellos de lugar. Mis hermanos y yo peleamos, pero no tanto, y menos mientras comemos, pues para pronto nos aplaca mi papá. La puerca de vez en vez les daba de mordiscos y patadas, haciendo tantos gruñidos que ni parecía su mamá. Yo creo que los puerquitos la mordían y por eso los trataba así, para enseñarlos a comer en paz.

De repente la puerca empezó a gruñir muy agudo, con más y más fuerza, que hasta la panza se le infló como globo. Los puerquitos se le separaron de miedo y ella con un resoplido que aventó polvo para todos lados, se levantó de un golpe y le dio por tirar o morder todo lo que veía. Tumbó su casa de dormir, la bandeja con comida y el bebedero. Aventó, pisoteó y mordió a sus marranitos como si fueran trapos, que trataban de huir de ella pero sin poder escapar. Acabó a mordidas con cada uno de ellos con una furia que seguía creciendo. ¡No lo podíamos creer!

Luego se lanzó contra nosotros, que observábamos lo que había quedado de los cerditos sin movernos de miedo. Por suerte que estaba la malla de alambre, que resistió apenas su primer empujón. Pero la puerca siguió lanzándose y tomando tanto vuelo, que acabó por romperse de los palos. Cuando nos dimos cuenta del peligro la marrana venía ya corriendo sobre nosotros. Sin pensarlo,

huimos los tres hacia el árbol de breva, pues era la protección más cercana, ya que la puerta del corral estaba lejísimos para nuestros apuros. El primero en llegar y treparse por el tronco fue mi hermano mayor, luego el mediano, y al último, por no poder correr tan rápido como ellos, yo, el más chico. Cuando estiraron sus brazos para subirme al árbol sentí que el hocico de la puerca bufaba sobre mi pantalón. Volé jalado por las manos de mis hermanos, mientras la puerca mordisqueaba desesperada el tronco de nuestra breva, intentando subirse para acabar también con nosotros. No podíamos gritar ni hablar de terror. Sólo nos apretábamos a las ramas para no caer del árbol y acabar como los cerditos.

Yo creo que eran como las cuatro de la tarde cuando sucedió eso, pues se acababa de ir a trabajar mi papá. Ahí estuvimos los tres tiritando, sin que nadie se diera cuenta de lo que pasaba, pues las bardas tan altas del corral no dejaban oír ruidos para afuera.

Como hasta una hora después, mi mamá apareció por la puerta del corral, extrañada porque no sabía de nosotros. Las mamás dicen que cuando sus hijos no hacen ruido es que alguna travesura andan haciendo y es cuando salen a buscarlos. Desde el otro rincón alcanzamos a gritarle pidiéndole ayuda. Ella tomó la escoba para defendernos y dio unos pasos hacia nuestro árbol. La puerca la vio y se lanzó a la carrera contra ella como con ganas de devorarla. Todos volvimos a gritarle a mamá, esta vez con más fuerza: ¡córrele mamá, salte rápido! Apenas alcanzó a salir del corral, porque en cuanto cerró la puerta tras ella, la puerca la golpeó como si fuera un toro.

Suspiramos contentos de que se había salvado mi mamá, aunque luego nos volvimos a dar cuenta de que seguíamos atrapados. Así pasó como otra hora o más, hasta que por fin llegó mi papá. Lo vimos aparecer con su bate de béisbol entre las dos manos, como si fuera su turno a batear, pero caminando muy firme hacia nosotros y gritándonos muy valiente: ¡no se apuren mis hijitos!, ¡ahorita los saco de aquí! Él es muy alto y fuerte, por eso pensé: ahora sí se le va a quitar lo loca a la puerca con un batazo al jardín izquierdo.

Y que sale disparada la puerca derechito contra mi papá. Él no alcanzó a tirarle el batazo porque ya la tenía encima y apenas pudo esquivarla girando sobre su cuerpo. Ya iba otra vez contra él y que lo vemos desaparecer corriendito por la misma puerta que entró. Entonces sí que nos preocupamos mucho, porque si ni mi papá que es muy fuerte pudo salvarnos, entonces nadie podría. Desde el tronco en que estábamos oímos sus gritos tras la puerta: ¡no se apuren mis hijitos!, ¡ahorita los sacamos de allí! La verdad es que necesitábamos que alguien nos consolara, porque se hacía de noche y ahora menos nos imaginábamos cómo podrían salvarnos.

Creo que se dieron cuenta de que estábamos a punto de llorar, porque pronto se oyó ruido por la barda que da a la casa y apareció otra vez mi papá trepado en una escalera, desde donde volvió a animarnos. Esta vez nos dijo que tuviéramos calma, que no nos asustáramos porque iban a matar a la puerca, que sólo así podrían sacarnos del corral. ¿Pero cómo la iban a matar si nadie se atrevía siquiera a pegarle? Ni modo que a pedradas desde lo alto de la barda y a oscuras.

En eso que entra al corral mi abuelito con su viejo rifle 22, un Remington. Caminó rápido hacia la puerca empujando como siempre hacia delante su cabeza, muy decidido. Él es famoso por atinarle hasta a las liebres cuando van corriendo, pero creo que eso no es lo mismo que tirarle a una puerca gigante corriendo hacia uno, porque mi abuelo sólo alcanzó a hacer un disparo sin atinarle a la puerca, cuando ya estaba corriendo de retache para la puerta del corral. ¡Patas pa' que las quiero!, dice él mismo cuando cuenta de alguien que huye de un peligro. Esa es la primera vez que veo correr a mi abuelito, el que dice ser muy valiente. Mi papá, al ver que la puerca se lanzaba contra mi abuelo, desde la barda le gritó: ¡Cuidado! ¡Mejor regrésate!

¡Matadura!, nos dice mi abuelito burlándose de nosotros, cuando nos equivocamos en algo o no le atinamos al blanco con el rifle de municiones en la feria. Sin darme cuenta, en voz baja le dije: ¡Matadura!, cuando falló el tiro a la puerca y nos dejó ahí solos en el corral con ella. No sé cómo me atreví a decirlo, aunque en voz muy bajita. ¿Y si se entera?

Yo ya quería regresar a la casa, pero ninguno de los que nos cuidan podía hacer algo para protegernos de la puerca. Era de noche, teníamos entumidos nuestros brazos de tan fuerte que nos apretábamos a la breva. Una luz larga salió de la cabeza de mi papá, era la lámpara que usa mi abuelito cuando va de cacería. Luego otra con luz como de coche, iluminó hacia nosotros. Era la lámpara de nuestro vecino, el señor Lozano. Las habían traído para ver bien a la puerca y dispararle desde arriba, pues ya nadie se atrevía a entrar al corral, menos de noche.

Mi papá tomó el rifle y le disparó a la puerca una, dos, tres, cuatro...muchas veces. Los disparos retumbaban por las bardas, haciendo eco como si otros rifles le contestaran con balazos. ¡Hazte a un lado matadura!, le dijo mi abuelito a mi papá, viendo que no le hacía nada a la puerca. Ahí aprendí que también los papás fallan el tiro. Le quitó el rifle mi abuelito a mi papá y le disparó a la puerca una, dos, tres, cuatro...muchas y más veces que él. Ahí aprendí que hasta los abuelos se equivocan y fallan, hasta el mío. ¡Matadura!, pensé otra vez, pero deseando que sí la matara.

Dicen que casi se gastaron una caja de tiros. Pero a la puerca no le salía sangre ni la herían porque las balas se le metían entre las capotas de grasa que tiene bajo la piel. Eso lo digo porque luego vi por el hoyito de la cerradura de la cocina que la destazaban y entre los pedazos de grasa estaban como nuevas, las balas.

Cuando me bajaron mis papás del árbol, los abracé más fuerte que a la breva, no los quería soltar, aunque sentía todo el cuerpo encogido. Bueno, también bajaron a mis hermanos. Creo que estaban apenados porque no nos pudieron salvar antes. Fuimos también a abrazar a mi abuelito, que no se cansaba de decirle palabrotas a la puerca, jalándose los cabellos. No nos vio a los ojos, aunque nos acarició la cabeza.

Hoy no paramos de regalar carne a todos los vecinos y la casa sigue oliendo a chicharrón por todos los cuartos y el patio. El corral amaneció limpio. Ahora quiero ir a abrazar suavemente a la breva y decirle gracias por crecer inclinada para poder subirnos y salvarnos la vida.

Caballo alazán tostado

Yo creo que todos los niños quieren tener un caballo y también creo que todos los padres no quieren que lo tengan. Nunca quieren regalártelo, aunque les ofrezcas que te dejen de dar domingo hasta que alcance para comprar un caballo.

Porque si de verdad quisieran, al menos te regalarían un potrillo, que sale más barato, pues come menos. Un potrillo cabe en el patio de cualquier casa, o si vives en un departamento, cabe aunque sea en la banqueta de la calle, pero cabe, y se puede estar amarrado de la protección de la ventana. Eso no lo entienden los papás. Siempre te salen con que no hay dónde ponerlo, que necesita espacio, que come mucho, que hace falta darle medicinas. Pues yo le doy de comer, les digo, pues yo limpio su boñiga, pues yo lo baño, lo aliso, lo peino y le doy de comer. Todo eso les he dicho y nunca los he podido convencer de regalarme siquiera un potrillo.

Yo siempre les pedía un caballo y no dejaba de pedírselos, hasta que me di cuenta que mi papá prefería a mis hermanos, pues a ellos sí les compró su bicicleta nueva y a mí ni siquiera un pony. Decía que cuando ellos crecieran me iban a dejar una de sus bicicletas.

Mi abuelito sabía bien que yo quería un caballo, por eso cuando estaba por cumplir diez años, me dijo:

- No tengo para comprarte un caballo, pero te voy a montar en el mejor cuaco de San Luis Potosí. Voy a comprarte un traje de charro, nuevo, con todo y su camisa, sombrero y botas. Luego voy a rentar el mejor caballo del Rancho del Charro, el garañón alazán tostado, y compraré

una cámara fotográfica para tomarte fotos, montado en él. Ese será tu regalo de diez años.

¡Me puso feliz mi abuelito! Salté de puro gusto. Serían mis primeras botas, mi primer traje acampanado como el de los verdaderos charros y caballerangos, sería mi primer sombrero.

Al día siguiente fuimos con el sastre para que me tomara las medidas, y a comprar las botas, la corbata de seda de Santa María, lisa, hermosa como bandera, y una camisa de charro, con sus tarugos de hueso. Ansioso pasé todos los siguientes días y noches, esperando que el sastre terminara el traje y me lo probara.

Llegó el día de estrenar el traje. Era elegante, con rayas verticales y color café, que combinaba muy bien con la camisa y las botas. La cámara estaba lista. Sólo faltaba rentar el caballo y tomar las fotos. Eso hizo mi abuelito la tarde del día siguiente.

Neto, el caballerango, preparó al nervioso garañón y hasta me prestó sus espuelas de plata. Tenían cada una su estrella que sonaban como campanitas al caminar. Me advirtieron que no picara con ellas al caballo, pues podía tirarme, y que no le jalara la rienda, pero que la mantuviera tensa, muy firme. Yo no sabía montar, menos desde tanta altura. Nunca me había subido al alazán, un gigante que siempre estaba furioso, y que sólo podían controlar su dueño y Neto. Lo bueno que él estaba ahí para que no lo dejara tirarme.

—¡Apúrele! le dijo don Neto a mi abuelito, cuando ya me había trepado en el cuaco encrespado.

Con la cámara nueva, mi abuelito se colocó por todos lados para tomar las veinticuatro fotos que traía el rollo. Lo hizo muy alegre, pues sabía que me estaba dando mi gusto, un gusto que ninguno de mis hermanos podía darse ni con bicicleta nueva.

Pegaba la cámara a sus gruesos lentes y se agachaba para acomodarse. Se veía que le colgaba su barriga al inclinarse para adelante.

Esa noche dormí feliz, soñando que cabalgaba a galope en el alazán por la Tenería, a trote por el Cerro de la Cruz y al paso, entre el pedrerío de la Cañada de Lobos, buscando pedernales, divisando a lo lejos unos gatos monteses.

Esperamos hasta diez días para que revelaran las fotos. Cada uno de ellos se me hacía más y más largo. Las fotos tenían que enviarse a México, regresarlas, revisarlas y luego entregarlas. Hasta que por fin llegaron en un sobre.

Nos sentamos mi abuelito y yo, como todas las tardes, en nuestra banca preferida, la primera banca de la Calzada de Guadalupe. Me pegué a su cuerpo, él me abrazó. Abrió un sobre amarillo muy grueso.

Sacó la primera foto. Ahí estaba mi cabeza con el sombrero nuevo, pero sin el caballo. En la segunda se veía muy bien peinada la cabeza del caballo, pero sin el jinete que era yo. En la tercera sólo aparecían las ancas fuertes y la cola elegante del caballo, sin su charro, que era yo. En la cuarta aparecieron las nerviosas patas blancas delanteras del caballo, con una bota y la espuela de Neto.

Así siguió con las demás.

En ninguna salimos completos el alazán y yo. Todas, todas, estaban mochas.

La mejor era una en que salía la mitad delantera de mi cuerpo con la mitad del caballo. No entendimos por qué salieron así.

Volteé a ver a mi abuelito, suplicándole:

– ¡Abuelito, vamos a sacarlas otra vez!

Sin voltear a verme, pero apretándome con sus brazos fuertes, contestó como con agua en la boca:

– No tengo dinero para rentarlo, ya se me acabó.

Yo sabía por su abrazo que me estaba diciendo la verdad, y eso le dolía, por eso no le volví a pedir montarme en el mejor garañón del Rancho del Charro.

II

Pasó una semana. Yo no le dije a mis papás lo que había pasado con las fotos porque me daba mucha vergüenza, pero me parece que mi abuelito sí les platicó. Entonces mi papá me llamó y con mucho cariño me dijo:

–No tengo dinero para comprarte un caballo, ni un potrillo, ni un pony.

Pero ya conseguí que te acepte don Neto el caballerango como su ayudante para que aprendas a cuidar y montar caballos todos los días.

Hay una condición: primero debes hacer tus tareas y después ya puedes ir al Rancho del Charro.

–¿Deveras? –le pregunté con los ojos muuuuy abiertos.

–¡Seguro! Ve con tu abuelito, él te llevará a ponerse de acuerdo con Neto.

Eso lo dijo muy contento.

Al día siguiente, empezó mi entrenamiento para criar caballos con don Neto. ¡Podía entrar a todas las caballerizas y acariciarlos! Con él aprendí a darles de comer en las cantidades adecuadas, a darles de tomar agua –pero sólo después de que hubieran descansado–, a alisarlos, peinarlos, limarles las pezuñas y bañarlos. Todo eso era muy divertido.

Más divertido fue sacarlos a pasear por la ciudad y al monte. Así fui conociendo a todos los caballos que ahí estaban, unos pintos, otros bayos, otros palominos, dos tordillos. Bueno no todos, nunca me dejaron montar otra vez al garañón alazán tostado. Era demasiado nervioso, y adivinaba el miedo que yo le tenía.

Primero me enseñaron a andar al paso, despacio, como presumiendo uno su caballo, mientras todas las demás personas, van allá abajo en el suelo, sin jamelgo. Luego al trote, que se siente cómo golpean las nalgas sobre la silla, y si hablas mientras trotas, te sale muy diferente la voz, como cortada. Sentía salir volando con el trote, por eso casi no me gustaba. Luego me enseñaron el medio galope, con el que corren los caballos y te sientes muy seguro. El viento ya te va empujando al medio galope, y el campo se te acerca rápido. Por último, me enseñaron el galope tendido: ese sí que es peligroso. Cuando lo lleva, el caballo da su más larga zancada, su cabeza se va hasta adelante y sientes que sólo pegándote a su cuello puedes mantenerte en la silla. Oyes su

respiración agitada, hueles la polvareda que levantan sus patas y los cachetes y cabellos se te van para atrás. Es muy emocionante.

Poco a poco, en esas salidas a la Sierra de San Miguelito, me fui encariñando con el “tordillo”, un caballo blanco de manchas negras, mediano y manso. Ese es mi consentido, no me tira patadas ni me amenaza con golpearme con sus patas, cuando camino detrás de él. Otros te amenazan y te tiran una cruel y larga patada, que hasta te puede matar.

También aprendí a ensillarlos, a quitarles los insectos con la arpilla, a revisarles la dentadura y a quitarles las garrapatas de las orejas y del cuerpo. ¡Qué lata es quitarles las garrapatas! Aprendí la inseminación artificial de las yeguas, para que tengan potrillos fuertes y hermosos hijos de los mejores caballos.

Olvidaba platicarles del paso más peligroso que puede dar un caballo. Se los platico pero a condición de que no lo platiquen. Yo mismo no se los he contado a mis papás ni a mi abuelito. El paso que nunca quisieras aprender es cuando el caballo se desboca. Cuando eso pasa, va peor que a galope tendido, despavorido. Aunque le jales la rienda, ya no te hace caso, aunque le piques las espuelas para que obedezca, ya no las siente, como que se hubiera vuelto loco. Ni él mismo se da cuenta a donde va, ni si se puede estrellar contra un muro o desbarrancar. Se olvida de ti, nada lo detiene en su carrera desbocada, y a veces así se matan solos. Eso puede suceder cuando se asustan mucho.

A mí se me desbocó un caballo palomino, que acabábamos de herrar, la vez que venía entrando a la ciudad, cerca del río Españita. Estábamos por cruzar la carretera, cuando por detrás, lo asustó el claxon de un camión de pasajeros que le pitó a un burro estacionado sobre la carretera. Sí, de verdad,

estacionado en la carretera. Al palomino, de repente, como que se le doblaron las patas traseras, tomó impulso, saltó muy alto y arrancó sin freno por todo un campo de béisbol y no paraba en su carrera. Yo venía prendido a sus crines y a la cabeza de la silla, pues me había arrancado el freno. Traía mis piernas muy pegadas a su cuerpo, los pies bien metidos en los estribos de la silla, con mucho miedo, tratando de brincar para bajarme de él, pero sin hacerlo, por temor a estrellarme.

El palomino enfiló hacia el Santuario. Lo pasamos sobre la terracería y estábamos llegando a los arcos de los Niños Héroe. Yo esperaba que por ahí doblara para el Rancho del Charro, hacia su caballeriza, pero siguió de frente. Un camión venía por la calle hacia nosotros y eso lo hizo virar apenas en dirección de la Calzada, donde se terminaba la terracería y empezaban los adoquines.

Cuando apoyó sus patas después de brincar el escalón de la Calzada, patinaron sus cascos hacia afuera y se desplomó sobre la cantera. Resbalamos unos metros sobre su barriga hasta que se fue de lado, botándome al ras de las baldosas.

Cuando abrí los ojos, me quemaba todo el cuerpo. Lo tenía lijado por todas partes. Desde el suelo, lo primero que vi fue la banca de la Calzada, donde habíamos abierto el sobre con las fotos mi abuelo y yo. Luego oí que bufaba el palomino. Volteé a verlo y estaba bañado en espuma, queriéndose levantar, pero sin poder lograrlo. Tenía una pata y una mano fracturadas. Sus ojos estaban rojos, hinchados.

Entonces llegó a mi lado don Neto: “no se mueva, niño; pronto viene una ambulancia para levantarlo”.

Cerré los ojos imaginando que llegaba una ambulancia con su sirena y se llevaba al palomino a un hospital.

El artilugio de Juan

Juan tiene uno o dos años más que cada uno de la bolita de vecinos que nos juntamos en el parque, casi a diario. Aunque no viene a jugar con nosotros todos los días y es el más pobre, siempre es bienvenido por sus bromas y destrezas: es el mejor de todos para tirar con la resortera y para tirarse pedos siempre que quiere o que le pedimos que se los eche.

Vive a cinco cuerdas del Parque, en el barrio de San Juan. Es buen caminante y seguido nos invita a ir de cacería de pájaros, palomas crestunas, lagartijas y gatos monteses, al Cerro de la Corona y más allá, hasta la Cañada del Lobo, donde empieza la sierra verde de pingüicas. También es de los mejores para jugar canicas y choyas. Cuando se cansa de ganarnos canicas, empieza a perder adrede, pues dice: “¿y luego qué les voy a ganar mañana?”.

Hoy ha llegado como otros días al Parque, escondiendo en su bolsa derecha del pantalón, su artefacto para echarse pedos. Nos tiene apantallados: ¿cómo es posible echarlos tan tronados, tantos unos después de otros y cada que se le antoja? Apenas se aprieta un poco la bolsa, y le sale una ristra de pedos sonando como sapos aplastados.

Entre todos los amigos que hoy nos reunimos, con tal de que nos deje usar su máquina, le hemos ido subiendo la oferta para que nos la venda o al menos nos la preste. Carlos le ofreció 10 canicas. Juan no aceptó, contestando con un pedito. Preguntó: ¿quién da más? Le propuse 12 canicas y una ágata bien bonita. Se burló de mí, era muy poquito, “tanto así”, dijo, echándose dos pedillos. Luis le ofreció su ponche favorito y 15 canicas, tampoco le pareció suficiente. Enrique luego le ofreció 15 canicas, y cuatro ponches de colores,

gringos, de los mejores que hay en el mundo. Juan contestó: “ya casi” y se echó un pedote fenomenal, de vaca. Carlos subió su oferta, sudando, como si arriesgara todo lo que tenía en el mundo: “te doy 20 canicas, ocho ponches gringos, un balón y te presto una semana mi ponche favorito”. Sufrió al completar el cambalache. Juan se volteó y aventó una sarta larga de pedos que daban envidia.

Carlos se alegró, creyendo tener ya en sus manos la máquina soñada. Juan, como otras veces, en el momento que ya iba ganando, aburriéndose de derrotarnos, se despidió: “otro día les vendo mi aparato”. Se fue pavoneándose, levantando de vez en vez la pierna y la nalga para acompañar su adiós con varios gases expansivos.

Todos nos volvimos a hacer las preguntas de siempre: ¿por qué no nos vende su aparato y se va a comprar otro y otro más, y así gana dinero con cada uno de nosotros? ¿En qué tienda del mercado lo compra?

Los esposos de película

Hace dos años llegaron a nuestra colonia una muchacha y su esposo. Eran tan bellos, que a todos nos hacían voltear a verlos por entre las rejas, cada vez que pasábamos por su casa. Para mi hermana, él es guapísimo, para mi papá ella “es muy hermosa”. Mi mamá dice que ella es muy linda. Yo no les digo, pero a mí me gusta ella.

Llegaron con un bebé. Su mamá lo sacaba a asolear al patio en una cuna muy elegante. Entonces mis amigos y yo nos deteníamos para ver a su mamá, hasta que alguien al vernos nos regañaba:

–¿Qué hacen ahí bobeando de metiches? –estábamos trepados en la barda de piedra de la esquina del jardín de los Niños Héroe, muy alta, desde donde se veía mejor hacia su casa.

Desde que llegaron, mis hermanos mayores y sus amigos, en lugar de jugar fútbol donde siempre, dos cuadras más allá, empezaron a jugar casi frente a la casa de ellos. Era para verla también, aunque no lo dijeran. Estoy seguro de eso, porque apenas iba ella a salir con su bebé, todos decían gritando “paren la bola”, y como si estuvieran en los honores a la bandera de la escuela, volteaban derechitos hacia ella y no se movían, hasta que se alejaba. ¡Ah!, pero si pasaba una señora o cualquier otra persona, ni se daban cuenta y no paraban de jugar. ¡Qué convenencieros!

Cuando el niño casi tenía dos años ya se parecía a su papá, como en los cuentos de niños, muy bien vestido y limpiecito, no como nosotros que siempre andábamos empolvados de jugar a las canicas en el suelo, o con arena en las bolsas, de las piedras que usábamos para resorterear. Aunque lo invitábamos

a jugar, su mamá siempre nos decía, “todavía está muy chico, niños, muchas gracias”, y se lo llevaba tomado de la mano, retirándolo de nosotros. Entonces al menos nos sonreía un poquito y al irse, nos peleábamos entre todos porque cada uno decía que le había sonreído a él. Yo digo que muchas veces a mí sí me sonrió. Para mí era bellísima, no nada más bella, como dicen los nombres de unas películas.

Luego nació su bebita, era una niña tan hermosa como su mamá, sólo una vez nos dejó verla. Como a los dos meses, hicieron una fiesta por la llegada de la bebé, y nadie de la colonia fue invitado. De todos modos nosotros estábamos pendientes, subidos en la barda para ver quiénes llegaban y se iban. Era una fiesta infantil muy alegre.

De repente, casi todos salieron apurados y asustados. Vino una ambulancia y dicen que trataron de salvar a la bebé, pero no pudieron. Supimos que en su cuna se había tragado una piedra y que se ahogó.

Nos volteamos a ver, preguntándonos: ¿cómo llegó una piedra a su cuna? Nos pusimos chinitos cuando uno dijo:

–Fue alguna piedra de resortera que cayó a su casa.

Todos nos quedamos callados y pálidos.

–¿Cómo creen?, la casa siempre está limpiecita, bien barrida, lustrosa como ellos –contestó otro.

Respiramos un poco, pero sentíamos apretado el pecho.

–Fue una piedra que llegó volando a su cuna cuando la andaban paseando por el patio –alguien debió haber dicho.

Volvimos a enfriarnos unos minutos, hasta que les aseguré:

–Pero una bebé no puede tomar una piedra del tamaño de las que usamos en nuestras resorteras, ni siquiera abre los ojos.

Como que no los convencí y volvimos a quedarnos callados. Ya nadie habló. Estaba oscureciendo. Muy preocupados y tristes, nos fuimos cada uno a su casa.

Cuando al día siguiente mis papás fueron a dar las condolencias a sus papás, quise acompañarlos. Los esposos ya no estaban en su casa. Se habían ido, dijo una muchacha. Su portón tenía un moñito delgado, de listón negro. A los pocos días un camión de mudanzas se llevó todas sus cosas, pero ellos nunca volvieron. No pude entrar a su casa. Quería ver el cuarto de la niña, la cuna y la piedra. La que nos quitó a la más bella de la colonia y a sus bebés de cuentos de hadas. Mis hermanas dicen: “nos arrebató al hombre más guapo del barrio”.

Días después, la rezandera doña Margarita, al saber por qué estábamos tan tristes, nos dijo: “quítense la pena, ahora la bebé es un angelito”.

Así la veo desde entonces, como los angelitos del Santuario, con sus bellos papás y su hermanito, esculpidos en cantera rosa.

Aguaceros

Por mucho que llueva en San Luis, no caen más de cinco aguaceros o lluvias al año, y eso en agosto. Son escandalosos, no duran más de diez minutos. Sus enormes gotas son del tamaño de una moneda de veinte centavos, duelen al caerte sobre la tatemala. Sin que te des cuenta, de repente, termina el aguacero y no deja ni nubes a su paso, pareciera que alguien aventó los chorros y se escondió.

Nosotros, apenas escuchábamos las primeras gotas de aguacero, dejábamos todo lo que estuviéramos haciendo, hasta las tareas, para hacer nuestros barquitos. Sabíamos que nos iban a dejar los papás aventar nuestros barcos de papel por el arroyo que se hacía por toda la calle al lado de la Calzada.

Hacíamos tantos barquitos como tiempo durara el paso del arroyo formado con el aguacero, con prisa. Entre más, mejor, porque no todos duraban en el agua, algunos se hundían. Si los hacías mal, pues más pronto iban a parar al fondo de la calle, por eso teníamos que doblar muy bien sus partes. Los hacíamos apurados porque la avenida de agua duraría una media hora a lo más. Era toda el agua que se juntaba desde la Sierra de San Miguelito, y que se salía del Río Españita, y tomaba por la Calzada, pasando por muladares y campos abandonados.

Usábamos periódicos viejos para hacerlos, o papel brillante. A escondidas tomábamos hojas de revistas como *Time*. Debían ser ligeros para que no se hundieran pronto.

Pero además de hacerlos para que navegaran mucho tiempo por la Calzada, el chiste era que en ellos escribiéramos un deseo secreto, o un recado para que

alguien lo leyera, alguien que no viera quién lo había escrito, pero que deseábamos supiera lo que decía. Teníamos nuestras reglas: no se valía leer los secretos de otros barcos, a menos de que se hundieran, por eso debíamos hacerlos muy bien, y así los hermanos o amigos no los sabrían, y sólo las niñas o niños que vivían Calzada abajo podrían leerlos, pues hasta allá no nos dejaban ir persiguiendo a los barquitos.

Me acuerdo que al primero que hice, le puse un deseo: “que se cure mi mamá”. Al siguiente año, tenía miedo que en la escuela me iba a tocar de maestra la señorita Ortiz, por eso puse en mi barquito: “que no me toque ella, la Ortiz”. En otro puse: “que me suban mi domingo”, y hasta dibujé dos monedas pues sólo me daban cinco centavos. Al siguiente año, puse: “Carlos es novio de Gloria”, Carlos era mi vecino, de ocho años, como yo. Al otro año puse, después de pensarlo mucho y sin que nadie me viera: “me gustan Lula y Aurora”. Vivían cinco cuadras más abajo, sobre la Calzada. ¡Ojalá lo leyeran! Pero no puse mi nombre, tenían ellas que adivinar.

A los más grandes les daba coraje que alguno de nosotros pusiéramos, por ejemplo, “Luis quiere a Manuela”, decían que eran chismes. Pero era la puritita verdad, no querían que se supiera, o mejor dicho, que no supieran los papás de las niñas, les daba miedo eso.

A los diez años sí me animé a escribir en uno: “Isabel te quiero”, y le di una pista, poniendo como firma mi inicial. Isabel vivía en la calle Zaragoza, por donde continuaba la Calzada. Sospecho que lo leyó o alguien le fue con el chisme, porque de ahí en adelante me huía en la escuela. Creo que yo no le gustaba. Eso me dio mucha vergüenza.

Al siguiente aguacero ya no quise botar ningún barco, pero sí ayudé a los niños y niñas más chicos a doblar bien sus barquitos y a ponerlos a bogar.

Siempre me preguntaba qué barquitos soltados por niñas cuabras arriba hubiera leído. ¿Le podría gustar a alguna?

Colonia Niños Héroes

Eran las cinco de la tarde, de un martes seguramente, porque los papás de Jacobo habían salido al cine y su hermano no había regresado aún del trabajo. “Tenemos que apurarnos”, dijo él, para que no lo regañara nadie en su casa al descubrirnos en su sala, escuchando sin permiso el fonógrafo. El aparato era de su hermano y sólo él podía usarlo, pues los niños sólo servimos para descomponerlos, como decían los mayores. Entramos de carrera, silencitos, los ocho seleccionados por él para escuchar el disco que ese verano le habían traído de Estados Unidos. Era de un grupo muy famoso, unos melenudos de pantalones acampanados, “muy mal ejemplo”, diría si lo supiera, cualquier mamá de nosotros o vecina. A mí lo que me atraía era la casa, que no pude conocer pues la sala estaba luego luego, entrando a la derecha.

Por más que quise asomarme al patio y ver qué había más allá, el jalón que dio mi hermano Javier a mi camisa me arrastró hacia la sala con todos los demás.

Nos quitamos los zapatos y los dejamos a la entrada para no ensuciar la alfombra. Por supuesto que no nos sentaríamos en los grandes sillones de la sala, que como en todas las casas del barrio, estaban forradas con sábanas para protegerlas del polvo. Aunque yo siempre pensé que las protegían de nosotros los chamacos, pues nunca dejaban que nos sentáramos en ellos.

Cada quien tomó su lugar, como en la iglesia, y como en ella, hubo un encargado de officiar. Yo era monaguillo y fácil supe que ahí el sacerdote era Jacobo. Su voz se imponía a la de todos los demás, mayores que yo, iguales en edad que él, incluso a la del capitán del equipo de fut que ahí estaba y era mi hermano Arturo.

Jacobo sacó con mucha paciencia el disco de su forro, y se puso a limpiarlo ligeramente con un trapito, delicadamente como si fuera un cáliz. Todos seguíamos obedientes, en silencio.

Al mayor de nosotros le permitió sostener la portada, pues sabía un poco de inglés e iba a explicarnos qué decía. Jacobo colocó el disco y entonces nos dispusimos a escuchar las canciones, casi tan incomprensibles como los cantos en latín de la misa.

Todos ellos tenían entre 14 y 16 años, yo apenas 10. Era el más pequeño, pues mi mamá no dejaba salir a mis hermanos sin mí. Yo pagaba mi presencia con las burlas de todos ellos a mis camisas desfajadas y con los jalones que daban a mi “brochita”, el copete que mi abuelo ordenaba al peluquero que siempre me dejara.

Unos estaban hincados, otros sentados sobre sus talones. Cuando uno recargó su cabeza en un asiento de la sala, luego lo regañaron los demás: ¡compórtate, Luis!, le ordenaron en un susurro unánime para no interrumpir la música. El pidió perdón de inmediato. Nos lo habían advertido: quien no se comportara no volvería a ser invitado a escuchar discos. El riesgo era muy grande, pues nadie más en toda la colonia tenía esa posibilidad de escuchar discos, ni aunque fueran adultos.

La misa avanzaba, yo me dediqué a observar a los demás. A ellos sí les gustaba esa música, como lo veía en sus ojos agrandados, en las reverencias que hacían y en los comentarios queditos que cruzaban, señalando tal o cual cosa del forro en su portada o en alguna palabra que captaban en inglés. Yo también identifiqué algunas palabras y oraciones: *lov mi du; ailovyu; pi es*

ailovyu; lisen; camanbeibi; Ana; bois en guerls, y otras. No era tan difícil el inglés, me dije, pues no tenía derecho a comentar, pero sí a quedarme callado.

Cuando el cantante y el coro empezaron a gritar: ¡¡¡aaaAAAAGuau!!! ¡¡¡Camancamanbeibi!!!, todos ellos se miraron entre sí, movían el cuello hacia los lados, luego lo estiraban con todo y sus brazos. Yo creo que antes la habían escuchado sin mí, porque se les oía muy parejos, al concelebrar con esos gritos desaforados, como decía el capellán de la iglesia cuando criticaba a los que pasaban con sus bocinas vendiendo colchones junto a la iglesia. Escandalizan, decía él. Así escandalizarían todos ellos, a no ser porque no les dejaban gritar en la casa de Jacobo.

Terminamos de escuchar el disco. Salimos como llegamos: muy calladitos. Miré hacia el patio que no pude conocer, pensando que la siguiente vez inventaría que necesitaba ir al baño para explorarlo, aunque no tuviera ganas. Dimos gracias, como cuando salíamos de la iglesia.

Apenas se sintieron en la calle, empezaron a gritar como los greñudos del disco, mientras otros hacían como que tocaban la guitarra o la batería y pronunciaban: ¡Camancamancamanbeibi!

Yo les puse las cruces, bendiciéndolos: habían enloquecido.

Cachimba

Cachimba le llamamos al más hablador de nuestra pandilla. A él le sobran historias, unas vividas, otras inventadas, pero que no sabe cuándo sale de unas para entrar a las otras. Decimos que le sobran porque debe tener tantas que hilvana una dentro de otra, y una más dentro de la segunda y la tercera, y así te va llevando, sin que tenga final ninguna de sus historias.

Aunque todavía no le conocemos un cuento completo, se anima con cualquiera y se le hacen grandes los ojos en su plática, mientras va arrojando burbujas de saliva como vendedor de pompas de jabón en el zócalo. Saltan de su boca, empujadas por el gusto de tener quien le ponga atención.

Tenemos muchas ideas de por qué es así Cachimba. Oscar, por ejemplo, cree que nadie lo escucha en su casa, por eso se repone con nosotros. Carlín, piensa que Cachimba se siente profesor, que nos enseña y para que sepamos más, nos va presentando todos los detalles de sus historias como él las ve, aunque acabe perdiéndose en el mar de palabras. Rupos, como decimos a Ruperto, apuesta que siempre está midiendo nuestra paciencia, pues nos tiene ordenados según el tiempo y las historias que aguantamos de su cadena sin fin.

Cachimba sencillamente pierde el rumbo porque no nos atrevemos a regresarlo, creyendo que está a punto de volver al cuento original, y que es su manera de decirnos que es nuestro amigo. Amigo con sobradas cáscaras de cebolla ensalivada, si quieren.

Cuando discutimos entre nosotros y no está Cachimba, más de una vez hemos tratado de resolver el asunto de quién le va a decir que es un desorden como

cuentero y que nunca ha terminado uno de su cebolla de cuentos. Unos, y otros, hemos sido encargados por la pandilla para llamarlo al orden, pero por su magia con las palabras, cuando lo escuchamos, todos olvidamos quién era el indicado de volverlo al carril y nadie se atreve a hacerlo.

Finalmente, hoy sábado, sentados sobre los escalones de la arcada del monumento a los Niños Héroes, se atrevió Cachano a decirle a Cachimba que terminara su primer asunto y que apenas lo acabara, podría empezar los siguientes.

Cachimba lo volteó a ver, extrañado. Luego nos vio a los demás. Nos preguntó:

–¿Y quién sabe cuál es el primero?

Nos quedamos callados, sin saber la respuesta.

–El que empieces a contar –atinó a responder Cachano.

–¿Y cuál es el último?

–El que cuentes al final –muy seguro respondió Cachano.

–¡Ah! ¡Entonces cuando llegemos al último me piden que regrese al primero para terminarlo! –contestó Cachimba, feliz por haber encontrado la solución.

–¡Nooooo! ¡Por Dios! ¡Qué cosa! ¡Es por demás! ¡Ya déjenlo!

Respondimos así entre unos y otros, cubriéndonos ojos y frente con las manos, dejando a Cachimba seguir con sus pompas y cuentos ensartados.

El enigma

Don Chenchito, celoso sacristán del Santuario, sólo nos permitía subir al campanario en días de misa de cuerpo presente, por temor de que nos cayéramos desde sus alturas, como hacía muchos años ya había sucedido a un inquieto acólito como nosotros.

Esa tarde, a la muerte de un anciano vecino, había que doblar las campanas, para lo que nos ofrecimos mis vecinos Carlos y Sergio, y yo.

–Suban sin sotanas –ordenó Chenchito, sabedor de que las piernas se atorran con ellas con peligro para andar en las alturas.

–Sí Don Chenchito –contestamos los tres.

–Y no se sienten sobre las cornisas –continuó ordenando.

–No Chenchito –contestamos los tres, volteándonos a ver unos a otros, sospechando que nos había visto o le habían ido con el chisme, la vez anterior que nos subimos a doblar las campanas.

Subimos gustosos. Tendríamos toda una media hora para explorar los techos y cornisas del Santuario y para ver la ciudad en todas direcciones. Dimos la primera llamada, tristemente, como debía ser, combinando con lentitud los golpes del badajo de la campana mayor con los repiqueteos de la campana menor, un esquilón. Juntas parecían llorar.

Al terminar la primera llamada, y con el temor de que nos descubrieran sentados sobre las cornisas, con las piernas al vacío, decidimos explorar por las orillas exteriores de las naves, más seguras que las cornisas. El trazo de la

iglesia era perfecto, hasta por sus techos. Mirábamos para un lado y el otro le replicaba simétricamente, con iguales medidas, que medíamos con pasos. Nuestro recuento iba todo por pares, hasta que saltó a nuestra vista algo que no se equiparaba: un murete de cantera achaflanada sobre el lado poniente no tenía su pareja del lado oriente. Miramos atentamente y desde varios ángulos, aquella construcción.

Situados en un lugar muy cercano a la orilla de la nave central, desde lo alto y cerca de la cúpula, se apreciaban tres escaloncitos escondidos por el prisma que coronaba al murete por el exterior. Estos terminaban en un hoyo cuadrado oscuro: ¡una pequeña entrada a la iglesia, a cinco metros de altura y escondida de la vista de quienes circulaban por su piso exterior! El disfraz del murete era perfecto, nosotros mismos al jugar allá abajo, en el patio oriente, nunca la habíamos visto.

Nos sorprendieron los chiflidos y gritos inconfundibles de Don Chenchito, desde allá abajo:

–¡Se les está pasando la segunda llamada!

Interrumpimos nuestra exploración para dar la segunda llamada, con prisa. ¿Qué era aquello que habíamos descubierto? Las campanadas no nos dejaban platicar, cada uno seguía pensando en el descubrimiento de una entrada secreta. O salida secreta. Apenas nos dimos cuenta que estábamos entrecortando la segunda llamada, distraídos por el hallazgo y retumbando nuestros oídos por las campanadas.

Nos quedamos en el campanario para no olvidarnos de la tercera llamada, acostados, sacando apenas las cabezas por las cornisas. Así no se verían

nuestros cuerpos al vacío. Arriba de nosotros estaban los dos niveles superiores del campanario a los que no nos atrevíamos a subir. Mientras veíamos toda la ciudad desde lo alto, nos intrigábamos:

–Es un pasadizo secreto, dijo Carlos.

–¿A dónde va a dar? –preguntó Sergio.

–Al púlpito –aseguré yo.

–Hay que pedir la llave para subir al púlpito –propuso Carlos.

–¿Crees que nos la preste Don Chenchito? Ahí sólo entra el Padre.

–¿Qué le diremos para que nos la preste? – preguntó Sergio.

–Diremos que vamos a limpiarlo – propuse yo.

–Hay que buscar una mejor excusa –concluyó Carlos.

En eso llegó la carroza con la caja del difunto. Debía pesar mucho, pues cuatro hombres batallaron para sacarla y ponerla en unas ruedas. Se acercaba caminando mucha gente por las calles laterales. Todos se veían como hormigas desde las alturas del campanario. Venían vestidos de negro o de colores oscuros, las señoras con arreglos de flores blancas y veladoras. Casi nadie hablaba. Era hora de dar la tercera llamada. Lo hicimos muy lentamente, pensando en cómo entrar a la escalera interior al muro que lleva al púlpito y buscar la entrada secreta del Santuario.

Al terminar la misa, cuando todos los asistentes se habían ido, nos acercamos al sacristán pidiéndole permiso para limpiar el púlpito.

–¿Desde cuándo les interesa asear cualquier lugar del Santuario? – preguntó Don Chenchito, cuando le pedimos las llaves para entrar al púlpito –algo se traen entre manos.

–Es que casi nunca lo limpian y se puede ofrecer –respondió Carlos.

–Ya casi es mes de María y desde ahí reza el rosario el Padre Lucas – respondí yo.

–No me convencen, pero estaré observándolos a ver que travesura planean, porque no dejaré que la hagan –resolvió Chenchito soltándonos las llaves y mirándonos con la cabeza inclinada, así nos examinaba mejor.

Como sin querer, las tomamos y fuimos por trapos, escobas, recogedor y nos dirigimos allá.

–Hagan como si nada –aconsejó Carlos.

–Yo revisaré a los lados del pasillo –ofreció Sergio en voz baja.

–Yo revisaré el piso de las escaleras –sugerí yo.

–Y yo el techo del pasillo –Carlos completó.

Hubiéramos querido correr hacia allá, pero sentíamos la mirada de Don Chenchito sobre nuestras espaldas, desde el altar, vigilante.

Abrimos, y en la oscuridad cada uno empezó a hacer su tarea. Dejamos abierta la puerta para ver mejor, el pasillo era muy oscuro. Como acariciando los muros y el piso, íbamos tentándolos en busca de la entrada.

–No se ve bien, pero parece que no hay entrada en el techo, ni en los muros, ni en el piso –observamos ya uno ya otro al llegar al púlpito.

Bajamos buscando aberturas, goznes, cuadros, rendijas que pudieran señalar la entrada.

Nos pareció que no era por ahí.

–Yo creo que está por aquí cerca –dijo Carlos– en su cabeza de frente amplia iba planeando la siguiente búsqueda.

–No se oye que estén limpiando el púlpito –gritó Don Chenchito desde el altar.

Nos espantó, se nos había olvidado limpiar. Tuvimos que hacerlo, palmo a palmo, lo que nos permitió confirmar que por ahí no estaba la entrada.

–Entonces está debajo del confesionario –se iluminó el rostro de Sergio.

–O entre los retablos de madera junto al altar de la virgen de la Concepción –propuse yo.

–¡O entre los retablos junto a la puerta del púlpito! –sugirió Carlos.

Acabamos de limpiar, entusiasmados porque teníamos otras posibilidades de encontrarla. Había que probarlas de inmediato.

Salimos del pasillo y ahí estaba enfrente Chenchito, para revisar la limpieza y si no habíamos hecho algún estropicio. Terminó su revisión, y rascándose los cabellos, como cuando estaba en problemas, nos recordó varios mandamientos.

–Algo se traen, todavía no lo adivino, pero voy a andar vigilándolos. Nunca se les dio el aseo y ahora de repente están muy solícitos limpiando donde no hace falta. Les aseguro que algo se traen.

–Es una buena obra, Don Chenchito –fue otra vez Carlos el más listo a responder.

–Una buena que esconde a una mala –completó Chenchito.

Nos miramos sorprendidos. Le entregamos las llaves. Esa tarde no podríamos seguir la búsqueda. Sería hasta la siguiente.

Imposible investigar con Chenchito alrededor. Tuvimos que esperar a su día de descanso para continuarla. Uno de nosotros nos avisaría si Javier, el otro sacristán, se acercaba al lugar y los otros dos harían la búsqueda.

Un martes por la tarde, una hora antes del rosario, cuando casi no había gente rezando, dejamos a Sergio en la sacristía para que nos avisara si Javier, que acomodaba las casullas, las estolas y los pañuelos para asear el cáliz, se acercaba al altar, desde donde podría vernos cercanos al púlpito. Mientras Carlos buscaba entre los retablos detrás del altar de la Virgen, yo lo hacía entre los que están al lado del púlpito. Ninguno notó una puertita o algo así que se abriera para entrar o salir. Se nos ocurrió entonces golpear la madera para ver si sonaba hueco, como con un pasillo detrás. Todos los paneles sonaban hueco, ni uno más que el otro. Una señora volteó a vernos por el ruido que hacíamos, extrañada y caralarga.

–¿Qué andan haciendo, chamacos?

–Buscando polilla, nos lo encargaron –le contestamos.

Funcionó la mentirilla. Decidimos entonces que teníamos que buscar en el confesionario, y si fuera necesario, moverlo, aunque era muy pesado para los dos. La entrada tendría que estar ahí. Inspeccionamos por dentro del confesionario, intentando abrir una tapa movable. Nada. Buscamos en los reclinatorios de los confesados, tampoco. Era necesario moverlo. Empujó uno por cada lado, no alcanzábamos a moverlo ni un poquito. Empujamos los dos juntos por un lado, hacia el frente y el confesionario se iba para atrás del otro.

Nos pasamos al otro, empujando para el frente, y quedaba como habíamos empezado. Lo repetimos varias veces y empezamos a sudar. En eso escuchamos el grito agudo:

–¿A quién le pidieron permiso de moverlo? –era Javier que nos reclamaba. Se tuvo que distraer Sergio como para no avisarnos.

Nos quedamos callados.

–Ya me lo había dicho Chenchito, que andaban en malos caminos. ¿Por qué lo mueven?

–Se me fue una moneda debajo –salió al paso Carlos.

–La queremos sacar –dije yo.

–¡Qué casualidad! ¡A estas horas de la tarde jugando a los volados en plena iglesia! ¿Creen que me van a engañar? Esto lo va a saber el Padre. ¡Vámonos de aquí!

Nos llevó a la sacristía, ahí nos estuvo preguntando varias veces y no nos sacó de lo mismo. Habíamos perdido una moneda.

Al día siguiente el Padre nos llamó aparte para advertirnos que dejaríamos de ser monaguillos si seguíamos haciendo cosas raras en el interior o en el exterior de la iglesia. Debíamos portarnos bien y respetar los lugares sagrados. Un pecado mayor sería cometer sacrilegio, y al parecer en esas andábamos. Sólo nos faltaba mover las imágenes sacras de los altares. “Se van a condenar si hacen eso”.

Tanto cuidado tenían en alejarnos del área, que eso nos convenció de que el pasadizo iniciaba ahí, debajo del confesionario. Nos dijimos: “algún día lo

moveremos para probarlo". Esperaríamos a tener suficiente fuerza y amigos, para hacerlo sin que nadie se diera cuenta. ¿Pero qué tal si estuviera debajo del lugar de las imágenes sacras?

La Gringa

Yo no sabía ni me interesaba saber por qué la Gringa buscaba tanto a mi hermano todos los veranos. De repente aparecía en su motocicleta gigante – una *Harley* decían los mayores–, haciendo retumbar el motor para que notáramos su llegada. La muy calzonuda viajaba sola, trepada en su moto desde Chicago, donde trabajaba para la ensambladora de coches Chrysler.

Al bajar, se quitaba el casco, agitaba toda su güera cabellera, y aflojaba su camisa y pantalones sudados del viaje. Nos abrazaba, nos daba unos largos besos, adrede a mí más largos porque sabía que no me gustaba eso. En su acento gringo empezaba a platicar sobre su viaje de quince días por bosques y desiertos, entre trailers y pillos, puebleando y cerveciendo por moteles y posadas. Era un mujerón de otro mundo, increíble, decían los muchachos de esa gringa.

Sí, era muy diferente. Para empezar, usaba pantalones, lo que ninguna muchacha del barrio. Montaba moto, lo que ningún muchacho ni señor alcanzaba a comprar entre nuestros vecinos, que andaban en bici. Carcajeaba a media calle, rodeada de los jóvenes de la colonia, lo que era para escandalizar a cualquiera. Había algo que sí me gustaba de ella: su letra manuscrita gótica, muy elegante y refinada. Sus cartas llegaban como ella, inesperadamente, desde cualquier lugar del mundo, contando sus locas travesías y encuentros. ¿Cómo hacía para que no le pasara nada? Alguien decía que debió ser hija de militar muerto en combate, quizás en Vietnam, para tener todo el tiempo del mundo y viajar protegida, aunque solitaria. Debía tener su ángel, la muy diabla.

Le gustaba provocarme: *tú portarte mucho bien, necesitar portarse mal*, y lanzaba una de sus carcajadotas. O decía, a sabiendas de que yo me interesaba en convertirme en sacerdote, a mis trece años: *¿ya saber tocar panza de la novia? Sentirse bien calentito* –mientras pasaba cachondamente la mano por su cintura. Yo le huía, sobre todo cuando me encontraba solo, pero me acercaba a escucharla cuando nos encontraba en bola, así no tenía oportunidad de cargarme la mano ni la boca.

Este verano en que cumplí catorce años, me encontró de camino a comprar las tortillas. Yo tenía que andar ocho cuadras a pleno sol del mediodía y su ofrecimiento de darme un aventón me cayó muy bien.

–Súbete –casi me ordenó.

Yo la obedecí. Avanzó muy lento primero, luego aceleró levemente, asegurándose de que yo no podría bajarme sobre la marcha. Hasta entonces puso sus reglas:

–Hoy aprender a portarse mal y divertirse. No tener miedo, Güera muy abusada y cabrona, no pasar nada. Apretar muy fuerte cintura o chiches, con brazos y manos, porque vamos correr. Pegar piernas a mis nalgas, no poder coger y andar en moto. Si no pegarse, caer al suelo.

Muy didáctica, seguía acelerando por las calles del barrio, solitarias a esa hora. Medio bajaba la velocidad en las esquinas, segura de que luego me daría vértigo en sus arrancones. Me convencí de que la única manera de no caer era adherirme a su cuerpo, maléfico y calentito a la vez.

–Ahora romper reglas, todas las reglas. Agarrarse bien –fue su segundo anuncio.

Dejó las calles de tierra y enfiló hacia la Calzada. Tomó adrede en sentido contrario hacia el centro, acelerando por los adoquines. A la altura de la tienda *El Volcán*, dobló de regreso, en dirección contraria al tráfico, si acaso esquivando un camión que pasaba lentamente. Pasamos frente al cuartel militar, ahí aprovechó para simular que disparaba hacia el aire, frente a los cabos de guardia. Luego frente a la cárcel pintó una cruz en el aire, y continuó acelerando.

–Es hora de ir a rezar a la iglesia en moto –anunció.

Pasó volando junto al Rancho del Charro e hizo cabriolas entre los eucaliptos, frente al Seminario. Subió al atrio del Santuario por el lado este y avanzó hacia el frente sobre sus canteras rosas. Disminuyó un poco la velocidad y preguntó:

–¿Bajar por escalones para redención de pecados carnales?

Ahí grité:

–¡No!, ¡no!

Fue la única vez que me hizo caso, riéndose de mi pánico.

Regresó hacia el Seminario y enfiló hacia abajo a velocidad, para subirse a la gran fuente, al inicio de la Calzada. La cruzó asustando a los tordos que bebían agua y se bañaban a sus anchas, y subiendo los escaloncitos, tomó por la calle, a toda velocidad, hacia la Diagonal Sur. Íbamos dejando un terregal como cauda. Tuve que gritarle:

–¡Se van a terminar las tortillas y me van a regañar!

Era ese mi cuento, para terminar con aquella tortura. Finalmente aceptó dirigirse a la tortillería de los González, ahuyentando a las lagartijas de los muladares y provocando a los perros de todas las casas que pasamos por el barrio de San Juan.

Bajé de la moto, abierto de piernas como vaquero, temblando, tenso y pálido, con su calorcito entre mis brazos y piernas, y la cara estirada por romper con ella el viento. Se ofreció:

–Aquí esperar para llevar a casa.

–Noooo, gracias, me regreso solo –respondí largo, para no dejar dudas, sin voltear a verla.

Se fue despacio y carcajeando. Entré a la tortillería. Una fila de niñas, niños y señoras me veían con sonrisitas mal disimuladas. Cuando fue mi turno, no encontré el dinero para pagar, seguía aturdido. Lo debí haber tirado en el camino. Con mucha pena, tuve que pedir fiado. Preguntó el despachador:

–¿A ti también te trae loco la Güera?

De regreso a casa, caminando en el solazo, buscaba dónde poner las tortillas para que no quemaran el calor que la Gringa había dejado en mis manos.

Vocación

El Párroco del Santuario, había ido de visita al Seminario Conciliar. Era noche y después de tratar sus asuntos, se despidió del Padre Rector. Subió a su auto y al girar su cabeza para echar reversa, advirtió sorprendido que Huicho, seminarista neófito y vecino del Santuario estaba escondido en el asiento trasero con todo y su maleta.

–¿Qué haces aquí, Huicho?

Silencio.

–¿Quieres pasar unos días en tu casa? ¡No te debes salir sin avisar!

Silencio continuado.

–¡Siempre has querido ser seminarista! ¿Cómo es que te vas?

–Ya no regreso.

–Pues ve a notificarle al Rector.

–Vaya usted, yo no voy.

El tono era tan firme que el párroco tuvo que bajar del auto para avisar en la Rectoría que por lo visto estaban perdiendo una vocación.

Arrancaron rumbo al Santuario. El silencio continuó por el camino. Huicho no salía de su mutismo.

–Ya te puedes sentar, si no quieres no te regreso al Seminario. ¿Qué es lo que no te gustó?

–Todo.

–¿Cómo, si te habías preparado todo el año para entrar? Tú mismo asegurabas que era lo que más querías.

–Quería...

–¿Qué les vas a decir a tus papás?

–Nada.

–Mmmm...

Siguió el silencio. El coche avanzaba lentamente por la Calzada de Guadalupe, al paso de ciclistas que regresaban a sus casas del trabajo. Sobre la Calzada vivían los padres de Huicho. Eran las ocho y media de la noche. Fue el primero en bajar del auto, tocó al portón urgido, cuidando los movimientos del Padre, como si temiera que lo llevara de regreso. Luego bajó el cura.

–Buenas noches. Aquí les traigo a su hijo – fue todo su comentario.

–Buenas noches, Padre. ¿Qué pasó, hijo?

–Nada – fue la respuesta, mientras apurado se metía en su casa sin despedirse del sacerdote.

–Déjelo descansar, ya mañana le dirá por qué se vino – comentó el cura, despidiéndose.

Su mamá, alegrada por el regreso, no hizo preguntas. Le dio de merendar, acercando los varios platillos que tenía preparados. El muchacho comió el triple que de costumbre, a grandes mordiscos. Pidió dos veces chocolate con leche. Agradeció y deseándoles buenas noches, se fue a bañar, esa primera vez, sin que se lo pidieran. Era otro.

Desde el baño, se oía un fuerte chorro de agua, tan caliente, que salía vapor debajo de la puerta.

–¿Estás bien, hijo? – preguntó su papá.

–Muy, muy bien, se oyó la voz sonriente de Huicho.

Salió del baño, y para disponerse a dormir, se puso extrañamente, una cobija de sobra y doble almohada. Gritó desde su cama, alegre:

–¡Buenas noches!

Al cerrar los ojos, sintió nuevamente que el cabello y los cachetes, presionados por el viento, se le iban para atrás, y se apretó, más y más, a la cintura de la Gringa.